

Lou Carrigan

CABEZA DE TURCO


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

CABEZA DE TURCO

Colección LA HUELLA n.° 98
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 30.910 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: setiembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

A excepción de que no mascaba chicle, aquel tipo no podía parecer más norteamericano, aunque se envolviera con la bandera de barras y estrellas.

Era como si lo fuera gritando. Alto, seco, pecoso, ojos azules, rostro anguloso, amplia sonrisa en su gran bocaza, enormes lentes de sol, desenvuelto, muy seguro de sí mismo, traje blanco y camisa de colorines… El clásico yanqui, que cualquier día aparece en cualquier parte del mundo.

Había descendido del avión como si fuera suyo, saludando a los demás pasajeros con la expresión de quien los considera sus invitados a un divertido vuelo. El vuelo había sido Nueva York-Madrid-Niza.

Llevaba un cigarrillo en un lado de la gran boca sonriente y un portafolios en la mano izquierda. Con la derecha se dedicaba a saludar a los demás pasajeros, volviéndose desgarbadamente. Cada uno de sus pasos era de por si una arriesgada aventura. Tan largos, que cualquiera sabía adónde podían llevarle. Un yanqui al que le sobraba longitud de piernas, pecas y sonrisa. Durante el vuelo se había hartado de decir que era viajante… Representante de piensos compuestos de una gran firma norteamericana.

Era simpático, sociable y charlatán hasta la exageración. Había sido la pesadilla de todo el pasaje. Sabía cantar, tocar la armónica, hacer juegos de manos, cincuenta mil chistes y el del loro… Y si, por ejemplo, un alemán no lo había entendido bien, se lo repetía en alemán, como si tal cosa. Si un francés no captaba el sentido del humor americano, se lo explicaba en el más fluido y picaresco francés. Si el destinatario era italiano, aclaraba la gracia del chiste con el más gesticulante y puro italiano… Un español había

terminado su viaje en Madrid, sujetándose el estómago, recordando todavía el chiste que el yanqui había contado apenas despegar del aeropuerto Kennedy…

Este torbellino con pecas, este personaje poliglota y polifacético, este tipo larguirucho y simpático hasta la pesadez, se llamaba Harry Saintjohn.

Por lo menos eso decían todos sus documentos, empezando por el pasaporte y terminando por las tarjetas de visita que había repartido abundantemente. Para cuando terminó el vuelo, todos sabían quién era Harry Saintjohn, desde la más retraída de las azafatas hasta el comandante del aparato.

—¿No tiene más equipaje, señor Saintjohn? —le preguntaron en la aduana.

Uno de los larguísimos dedos del pecoso personaje señaló su única maleta y el portafolios.

—¿Para qué? —sonrió—. ¡Pienso comprarme algunos trajes en París!

—Muy bien.

Pusieron en sus cosas la contraseña de que habían sido autorizadas para entrar en Francia. Luego, el sonriente Saintjohn cargó con su maleta y su portafolios y se dirigió hacia la salida de los vuelos internacionales del aeropuerto de Niza. En seguida se le acercó un maletero, que fue muy bien acogido por el yanqui, ya que le libró del peso de su única maleta. Luego, en la salida, el propio maletero llamó un taxi, cargó la maleta, sonrió ante la estupenda propina, y cerró la puerta del vehículo cuando el americano hubo entrado, diciendo:

—A Niza. Quiero un formidable hotel en el Paseo de los Ingleses.

—*Oui, monsieur*.

El taxi se puso en marcha, directo hacia la salida de las instalaciones del aeropuerto. Había muy poca distancia hasta Niza, y durante el trayecto, el viajero podría admirar el mar, las montañas y las flores. Y Niza, blanca, roja, azul, verde y ocre… Sobre todo, blanca y verde.

Pero, al parecer, el yanqui estaba inmunizado contra las bellezas de los alrededores de una ciudad, aunque esos alrededores fuesen ni más ni menos que los de Niza. Al menos, su atención se dirigió primordialmente hacia atrás, cuando ni siquiera había salido del

aeropuerto.

Incluso era posible que, mientras encendía otro cigarrillo, hubiese visto al hombre de mediana estatura y cabellos de poeta antiguo que se metía en otro taxi, señalando hacia el que ocupaba el yanqui… Sí. Incluso era posible que hubiese visto esto. Y quizá la sonrisa brevísimamente dura que apareció en su bocaza estuviese relacionada con el tipo de los cabellos a estilo poeta antiguo… Hoy se llaman beatniks.

Finalmente, llegaron a Niza. El yanqui no parecía demasiado entusiasmado. A lo mejor era que ya había visto Niza otras veces… Cualquiera sabe. Lo único que pareció gustarle de verdad fue la Bahía de los Ángeles, tan azul, tan luminosa, tan…

—Hotel *Fleur de Lis, monsieur. bien*

¿C'est

?

—*Très bien. Merci.*

El taxista se apeó, abrió la puerta de atrás, seguramente porque había visto las propinas que daba el yanqui, y abrió el portamaletas, junto al cual esperaban los empleados del hotel, que parecieron decepcionados al ver una sola maleta. El que no quedó decepcionado fue el taxista, ante la tremenda propina del norteamericano. Y eso a pesar de que es difícil no decepcionar a un taxista francés.

Detrás de los dos botones, uno de los cuales se quedó a un lado del vestíbulo, el yanqui entró en el Hotel *Fleur de Lis*. Bonito nombre…, y bonito hotel. De lujo, naturalmente. De lujo todo, empezando por el bonito surtidor que se veía al fondo del vestíbulo en el patio con palmeras del hotel, y acabando por los ceniceros que se veían en las mesitas del vestíbulo de espera. Mostrador de caoba, conserje impecable y agudo, que habló en inglés antes de que el viajero hubiera tenido tiempo de abrir la boca.

—¿Tiene reserva, señor?

—Pues no… No, lo siento. Espero que quede algo bueno para mí, sin embargo.

—¿Viaja solo, señor?

—Como la Luna. Y, además, soy soltero… ¿Qué tal? ¿Qué opina usted de los solteros, amigo?

El conserje sonrió cortésmente, carraspeó un poco, y echó un

vistazo a su libro.

—Puedo recomendarle la *suite* diecisiete, señor. Tiene baño, es…

—¿Se ve el mar?

—Oh, sí… Sí, desde luego.

—La *suite* diecisiete es mía a partir de ahora.

—¿Muchos días, señor?

—Depende de los cerdos, los caballos y las vacas.

—¿Los…? ¿Perdón, señor?

—Los cerdos, los caballos, las vacas, las gallinas… Bichos de eso que criamos para luego matarlos y comerlos o a los que queremos explotar en nuestro beneficio, como por ejemplo, las vacas. Soy viajante de piensos compuestos americanos.

—Ah… Sí, entendido, señor. El botones le llevará a su *suite*.

—Gracias. Un momento, por favor…

Harry Saintjohn se alejó de conserjería, hacia uno de los grandes ventanales del vestíbulo que permitían ver el mar… y el Paseo de los Ingleses. Le costó muy poco localizar el taxi del tipo de los cabellos a lo beatnik, o sea, largos y despeinados. El tal sujeto estaba con la nariz pegada al cristal de la ventanilla de la parte de atrás, mirando hacia el hotel, pero, ciertamente, Saintjohn se preocupó de que no pudiese verlo.

Sin embargo, el tipo que le había seguido desde el aeropuerto pareció tener bastante con esto. A través del cristal lo vio acomodarse mejor en el asiento y mover los labios, dando indicaciones al conductor del taxi.

Y cuando el taxi se alejó, Harry Saintjohn se reunió con el botones, fueron juntos al ascensor, entraron, y… ¡*voilá*!, el señor viajante de piensos compuestos americanos, ya estaba instalado en Niza.

¿Encontraría alojamiento el feo beatnik de mediana estatura?

CAPÍTULO II

El taxi se detuvo en la segunda travesía de Rue de Congrés, el beatnik se apeó, se hizo cargo de su maleta, y continuó su camino a pie. Parecía muy precavido, porque esperó a que el taxi se alejase para tomar una dirección determinada.

Entonces continuó Rue de Congrés arriba, hasta llegar al número 62. Allí había una tienda en cuya fachada se leía: «Tabacs». Así de simple. «Tabacos».

Entró en la tienda sin vacilar. Había tres clientes ante el mostrador, atendidos por una preciosa jovencita de unos veinte años, morena, de enormes ojos oscuros y boca peligrosa… Peligrosa en el buen sentido. Un beso de aquellos labios rojos y llenos podía atontar al más listo. Una preciosidad auténtica. No se le podía ver el cuerpo completamente, por estar detrás del mostrador, pero no era necesario: sólo viendo la mitad superior, había más que suficiente para perder el equilibrio.

La muchacha se quedó mirando al melenudo personaje con los ojos muy abiertos, como asustada, sobresaltada. Por su parte, el melenudo individuo alzó las cejas en un gesto claramente interrogante. Entonces, los ojos de la muchacha se dirigieron hacia el extremo del mostrador, donde se veía una puerta abierta, protegida la entrada al interior de la tienda por una cortina de colorines. Y hacia allá fue el tipo melenudo, entrando sin vacilar.

La muchacha, sonriendo para ocultar su sobresalto, acabó de atender a los clientes y se apresuró a entrar por el mismo sitio a toda prisa. Un pasillo, puertas a los lados, al fondo, un patio con palmeras y flores…

Y una pergolita deliciosa, con una mesa de hierro forjado y superficie de cristal y un sofá balancín con toldilla. También había

sillones de mimbre, muy frescos y amplios, confortables y ligeros.

En uno de los sillones estaba el melenudo, hosca la expresión, con la maleta cerca de los pies. En otro, un hombre de unos cincuenta años, un poco calvo, de agudos ojos negros y rostro correcto, agradable. Aunque en aquel momento no resultaba demasiado agradable, debido a la mueca de furia en honor al visitante.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó la muchacha; y miró luego al melenudo—. ¿Qué haces en Niza, Salvator?

—Yo…

—¡El muy estúpido! —exclamó Moise Maubert—. Nunca adivinarías lo que ha hecho nuestro buen Salvator Bonnac, Amélie. ¡Buen Dios, jamás he oído estupidez tan grande en toda mi vida!

—¿Qué ha hecho? —Se inquietó Amélie Maubert.

—Yo…

—¡Se ha venido desde Nueva York con un agente del FBI! —aulló Moise Maubert.

—¡*Mon Dieu*! —gimió Amélie, dejándose caer en el sofá balancín.

—No, no —tartamudeó Salvator, el melenudo—. La cosa no ha sido así, Amélie. Tu padre no me ha entendido…

—¡Te he entendido perfectamente, estúpido! —Se congestionó Maubert—. ¿Has venido o no has venido desde Nueva York con un agente del FBI?

—Sí… Bueno, sí, sí… Pero es que él no… me conoce… Él no sabe nada de mí… Yo pude escapar…

—¿Escapar? —musitó Amélie—. ¿Escapar de qué, Salvator?

—Bueno… Si me dejáis hablar, os lo explicaré todo… ¡No me pongáis nervioso! ¡Maldita sea, mis nervios han estado a punto de romperse y cuando llego aquí empezáis a…!

—Cálmate —sonrió la muchacha—. ¿Quieres un *ricard*?

El melenudo Salvator Bonnac suspiró profundamente y sonrió.

—Contigo me entiendo mejor que con tu padre Amélie. Gracias.

—Te lo traeré en seguida. Y cerraré la tienda… Ya es casi la hora del almuerzo.

La muchacha salió del patio, para regresar apenas tres minutos después, con una botella de *ricard*, una jarra de agua y un recipiente con cubitos de hielo. Sirvió tres aperitivos, encendió un cigarrillo, y

se quedó mirando con amable curiosidad al recién llegado melenudo.

—Bien —suspiró éste, después de un buen trago—. La cosa sucedió de modo que yo pude escapar. Veréis… No sé cómo, el FBI supo algo de lo nuestro, y apareció en uno de los docks de Nueva York cuando estábamos retirando los paquetes…

—¿Hubo algún chivatazo de alguien? —Gruñó Maubert.

—No sé… No creo. ¿Qué estás insinuando, Moise?

—Bueno. —Moise Maubert tenía el ceño fruncido—. Está ocurriendo algo raro últimamente, no cabe duda. ¿Sabías que hace unos tres meses tuvimos un pequeño tropiezo con la Interpol?

Salvator Bonnac lanzó una exclamación de espanto. Se quedó mirando de padre a hija, moviendo sólo los ojillos.

—¿La Interpol? —musitó al fin—. No sabía nada…

—Fue un pequeño tropiezo sin importancia, en Marsella. Afortunadamente, todos escaparon, y se han diseminado, para que no puedan localizarlos. ¿Crees que lo de Nueva York fue un chivatazo de alguien?

—Ya te he dicho que no lo sé… Me parece poco probable… ¿Acaso lo de Marsella sí fue un chivatazo?

—Tampoco. Parece que la Interpol se está tomando en serio el tráfico de drogas. Y por lo que has empezado a contar, también lo están haciendo los americanos. Con chivatazo o sin él, esos tipos del FBI son capaces de oler las drogas desde cualquiera de sus satélites espaciales.

—No tanto —rió Bonnac—. Desde hace más de un año estamos colocando en Estados Unidos más drogas que nunca… Casi diez veces más de las que colocamos en toda Europa. Y sólo hemos tenido este tropiezo.

—Cuéntame cómo ocurrió.

—Bien… Ya digo que estábamos en el dock de recogida para la distribución… Y, de pronto, sin saber cómo, quedamos rodeados. Fuera gritaron que eran el FBI, y que saliésemos todos con las manos en alto… Uno de los nuestros tuvo la idea de responder a aquellas palabras con unos cuantos balazos, y allí se armó la buena… A mí me pareció que era una tontería hacer frente a aquellos tipos, de modo que pensé en escapar por la puerta que daba al mar. Y lo mismo que pensé yo, lo pensaron dos más… Ellos se me

adelantaron. La idea de saltar al muelle y escapar a nado era buena. Tan buena, que había sido prevista por los federales, de modo que allí estaban, esperando. Dispararon contra uno, y el otro se rindió en seguida… A mí, todavía no me habían visto, así que volví al interior del almacén, subí por una de las escaleras de almacenaje de mercancías, me deslicé por una gran viga, y me quedé allí, encogido como una rata… ¡Malditos tipos! Abajo, habían caído ya dos a balazos, y los demás, decidieron que valía más rendirse que irse al otro mundo… Así que el FBI entró en el almacén y se hizo cargo de todo: de las drogas, las armas, los hombres… De todo, menos de mí.

—¿Qué quieres decir? ¿Te dejaron marchar?

—¡No me vieron! —rió Salvator Bonnac.

—¿No te vieron? ¡Por todos los demonios…! ¿Estás loco?

—Te aseguro que no me vieron, Moise. Sólo había dos bombillas en el almacén, y ambas estaban más bajas que la viga donde yo estaba acurrucado; además, la viga estaba muy cerca del techo… Estuve allí viéndolo todo y oyéndolo todo, sin que nadie reparase en mi presencia.

—Eres un cretino, Salvator.

—¡Te aseguro que no me vieron! Escucha: allí, en el almacén, estaba el agente del FBI que ha llegado conmigo a Niza en el mismo avión… Hemos viajado juntos desde Nueva York… ¿Crees que me habría dejado tranquilo si me hubiera reconocido? Es más: ¿crees que si me hubiesen visto en el almacén no me habrían hecho bajar de la viga, aunque fuese a balazos?

Los Maubert se miraron dubitativos.

—Parece razonable —musitó la muchacha.

—¿Qué hiciste entonces? —Gruñó Maubert.

—Pues esperé a que se fuesen y algunas horas más. Dejaron un par de agentes de vigilancia cerca del almacén, pero casi a la madrugada, conseguí salir por una ventana de atrás, me deslicé al agua, nadé hasta otro dock y escapé. Me fui a toda prisa a mi apartamento, me aseguré de que no había federales todavía por allí, y entré a recoger mis cosas. Estuve en una pensión, y al mediodía siguiente, saqué pasaje para Niza, para el vuelo de las cinco de la tarde… Y aquí estoy.

—¡Qué sencillo! —masculló acremente Maubert.

—¿Cómo sabes que ese hombre que ha llegado contigo a Niza es

un agente del FBI? —preguntó Amélie.

—Porque lo vi en el almacén… Oh, es un tipo inconfundible: pecoso, muy alto, delgado, con una boca grande como la de una rana… No se cansa de sonreír, y sabe más chistes que toda Francia junta… Es un pelmazo de primera categoría. O lo hace ver, ya que cuando estuvo en el almacén pistola en mano no parecía ni simpático, ni pelmazo, ni nada… Es inconfundible, os lo aseguro.

—De acuerdo, es un agente del FBI… ¿Y no te parece demasiada casualidad que haya tomado el mismo avión que tú?

—Pensé en eso… Pero él no se ocupaba de mí. Y cuando llegamos a Niza… No. Primero, dormimos en Madrid… No me hizo el menor caso, se fue por su lado, tan tranquilo. Y en Niza ha pasado la aduana antes que yo… He sido yo quien le ha seguido a él, no él a mí. De todos modos, pensé si no me estaría vigilando, claro…

—Y te pareció que no —dijo Maubert, sarcástico.

—Exactamente. Bueno… Valére Tuilly fue uno de los que cayeron en la redada del almacén, en Nueva York…

—¿Y qué?

—Pues que Valére también sabía algo de aquí, de Niza…

—¿Le hablaste tú de nosotros a Valére? —Casi aulló Maubert.

—No, no… Fue él quien me habló a mí… Me dijo que meses antes había estado en París, con el grupo de Pascal Bocherie, y que Pascal le había dicho que también en Niza había un buen centro distribuidor de drogas… Por lo tanto, he pensado que Valére pudo decirles a los del FBI lo que sabía. Esto es, el nombre de Pascal Bocherie, en París, y lo de Niza…

—¡Pero a mí no me conocía ese Valére Tuilly! —Palideció Moise Maubert—. ¡No ha podido decirles nada sobre mí a los del FBI!

—Sobre ti, no, quizá. Pero sí pudo decirles que había puntos de distribución en París y Niza. De París, pudo citar el nombre de Pascal Bocherie, aunque aun así le será difícil al FBI encontrar a Pascal en París. En cuanto a ti, todavía más difícil para ellos, ya que Valére ni siquiera sabe tu nombre.

—¿Estás seguro de que nunca se lo mencionaste, Salvator?

—Segurísimo. Podéis estar tranquilos. Lo que quizá convendría hacer es avisar a Pascal Bocherie a París.

—Habrá que pensarlo… Es extraño… ¿Crees que a París también

habrán enviado a un solo agente del FBI?

—Quizá más, porque ya saben a quién tienen que buscar allá… Pero a Niza, han enviado solamente a ese patilargo con pecas, para que empiece a investigar, esperando a los que habrán ido a París… Por eso te digo que convendría avisar a Bocherie.

Moise Maubert movió negativamente la cabeza.

—Eso no es cosa mía… Todo lo que tengo que hacer yo, es pasar el aviso al jefe, y que él tome las decisiones que quiera.

—¿Ya sabes dónde está? —se excitó Salvator.

—¿El jefe? No… En cualquier punto a un máximo de mil kilómetros de nosotros, o poco más.

—Quizá esté en la misma Niza —sugirió Salvator.

—Quizá. Pero eso no es cuenta nuestra, Salvator. Nosotros hacemos nuestro trabajo de distribuir las drogas, cobramos espléndidamente, y eso es todo. No me importa quién sea el jefe, ni dónde esté. Me dio una radio, cuando necesito instrucciones las recibo o las pido por ella, y me va bien así. No quiero complicaciones.

—Te comprendo… Pero me parece un poco tonto trabajar para una persona a la que no conocemos, ni sabemos dónde está… Nadie le conoce, nadie sabe nada… Nos llegan las drogas, las distribuimos, nos quedamos nuestra parte, vienen a recoger el dinero de noche a las Iles de Lérins, y eso es todo.

Moise Maubert encogió los hombros.

—Tendré que decirle también lo de Nueva York al jefe… No le va a gustar. En poco más de tres meses nos han aniquilado los puntos de Nueva York y Marsella. Aquí, la Interpol, allá el FBI… Es posible que la cosa se esté poniendo fea y tengamos que abandonar el barco… ¿Qué opinas tú?

—Bueno… Hasta ahora, el jefe ha demostrado que tiene una poderosa red de distribución, y no creo que la pérdida de Nueva York y Marsella sea tan importante. Buscará otros dos puntos, y todo arreglado. ¿Qué más nos da a nosotros que las drogas se vendan en Nueva York y Marsella o en Londres y Quebec, por ejemplo?

—Hay otra cosa —sonrió suavemente Amélie.

—¿Qué cosa? —se interesó Bonnac.

—Pues que es posible que la Interpol, o el FBI, o quien sea, acabe

con todos nosotros, pero no con el jefe. Ni siquiera nosotros podríamos delatarlo. Esto quiere decir que si el FBI o la Interpol acaban con nosotros, el jefe sólo tiene que esperar unas cuantas semanas y reorganizar su negocio con nuevo personal.

—No es muy divertido —refunfuñó Salvator Bonnac.

—No… —admitió Moise—. No lo es. Pero si yo fuese el jefe, haría lo mismo. Oh, vamos, Salvator, dejemos esto… Yo pienso poder retirarme muy pronto de todo esto, y de los tabacos… De todo. Tengo ya elegido dónde me construiré la villa… Pequeña, hermosa, llena de flores… Es lo único que me importa. Y el jefe me paga lo bastante bien para que no me preocupe por detalles tales como quién es, dónde está… Al diablo todo eso. Iré a darle la mala noticia.

—¿Qué hacemos con el tipo del FBI?

—Espera. El jefe decidirá. Además, hay que tener en cuenta la posibilidad de que haya venido a Niza por casualidad, para otro trabajo… Bueno, creo que he dicho una tontería. Pero lo que sí es cierto es que no me conoce, no sabe nada de mí, de modo que todo lo que podrá hacer es vagar estúpidamente por Niza… Voy al sótano, Amélie. Esperadme aquí.

—Desde luego. Habrá que buscarle un alojamiento a Salv…

Se interrumpió bruscamente. Los tres se quedaron mirando hacia el pasillo, a través del cual había llegado el sonido de la campanilla de llamada de la tienda. Luego, se miraron, inquietos, alarmados.

—Esperemos que no sea tu agente del FBI, Salvator —gruñó Maubert.

CAPÍTULO III

No. No era un agente del FBI.

Moise Maubert regresó al patio acompañado de una muchacha cuya belleza dejó sin aliento a Salvator Bonnac. Tenía los cabellos rubio claro, los ojos de un gris con extrañas chispitas doradas, la boca sonrosada, más bien grande y llena, el cuello esbeltísimo. Y una figura apta para todo, desde lucir el más extravagante modelito, hasta… ser invitada a una cena íntima a la luz de dos velas encarnadas, con champaña y música de violines. Elegante, bellísima, esbelta, dulce… Quizá veintitrés o veinticuatro años.

—Es Dominique… —dijo Maubert; señaló al melenudo—. Él es Salvator, Dominique.

La recién llegada sonrió de un modo que pareció casi doloroso, mirando a Salvator Bonnac, y agitó los deditos en dirección a Amélie, que la miraba con no demasiada simpatía. Evidentemente, los hombres soportamos mejor que las mujeres la presencia de un ejemplar más hermoso que nosotros mismos.

—Perdonad mi retraso… —dijo Dominique, con dulcísima voz, alzando su bracito izquierdo—. Debo ir atrasada.

—Tu reloj va bien —dijo Maubert—. Es que hoy cerramos un poco antes de la hora del almuerzo. ¿Alguna novedad?

—Ninguna… ¿Tenéis preparado mi paquete?

—Sí. Pero será mejor que esperes un momento…

—Oh, Moise, te lo suplico: no podré esperar mucho más.

—Pues tendrás que hacerlo. Voy al sótano a hablar con el jefe. Hablaremos cuando suba.

—¿Con el jefe? —Pareció animarse la bella rubia—. ¿Está ocurriendo algo?

—Así es. No tardaré.

—Moise, ¿me dejas bajar contigo? Tengo una gran curiosidad por conocer al jefe… Me conformaría con oír su voz.

—Imposible, Dominique. Las órdenes son severísimas en ese sentido, ya te lo he dicho varias veces.

—¿Sabes? —La muchacha sonrió crispadamente—. A veces pienso que no existe tal jefe.

—¿Cómo? —Frunció el ceño Maubert.

—Pues que pienso que el jefe eres tú, y que has inventado todo eso de la radio para que ninguno de tus colaboradores sepamos que el único jefe que existe en la organización eres tú mismo.

—Demonios… —exclamó Salvator—. ¡Es aguda la chica, Moise!

—Sí… —sonrió torcidamente Maubert—. Es listísima, ya ves. Tan listísima, que ella se está viciando en las drogas. Si sigue así, acabará muy mal.

—Bueno —rió Bonnac—: ¡eso no se le dice a una cliente, hombre!

—No es una cliente —dijo Amélie secamente—, sino una distribuidora de nuestro grupo.

—¡Cómo! —Se aterró Bonnac—. ¿Habéis admitido en el grupo a una viciosa?

—Ya vuelvo… —Gruñó Maubert—. ¿Por qué no invitas a Dominique a un aperitivo, Amélie?

Se alejó hacia el interior de la casa. Amélie se puso en pie de evidente mala gana, y también entró en la casa. Cuando regresó, Dominique se había sentado en un sillón, y estaba fumando nerviosamente. Amélie le dejó el vaso sobre la mesita y tuvo que ser la propia Dominique quien se preparara el *ricard* con agua y hielo. Salvator Bonnac miraba de una a otra, quizá comprendiendo la hostilidad de Amélie, tanto en el aspecto personal como en el «profesional».

—¿Qué tomas? —le preguntó de pronto a Dominique.

—Nada… No tomo nada…

—De todo… —sonrió con sarcasmo Amélie—. Toma de todo. Llegó hace unos dos meses de Marsella. Entró en la tienda y dijo que venía de allá, que conocía a cierto caballero que antes la «invitaba» a coca y cosas así, pero que ese caballero había desaparecido hacía días, y que ella recordaba que él, en sus momentos de… intimidad, le había dicho que aquí también podría

encontrar su «medicina». Ese caballero era uno del grupo que fue disuelto en Marsella.

—Oh… Así que Dominique se quedó sin proveedor de golosinas. ¿Quién fue el estúpido que le dijo que aquí también podrían servirla?

—André Fauchet, uno de los hombres de allá. Parece que él y Dominique eran algo más que cliente y proveedor, y le hizo algunas confidencias… Si no estuviera preso, estoy segura de que el jefe ya habría ordenado que le matasen, por charlatán.

—Se lo merece… —asintió Bonnac—. ¿Y ella? ¿Por qué está viva Dominique, Amélie?

—Resulta que esta alhaja conoce a una serie de clientes formidables. Gente de altos vuelos, a los que entrega buenas cantidades de drogas cada mes. Es la distribuidora que más beneficios rinde en Niza, y hasta a veces consigue introducir buenas cantidades en Marsella, o vienen aquí a verla antiguos amigos de allá… Nos pareció más inteligente utilizarla como distribuidora que complicarnos la vida con un asesinato. Eso no es lo nuestro, Salvator.

—No… Desde luego que no. Entiendo que ese André Fauchet os conoce a tu padre y a ti. Es muy de agradecer que no os delatara a la Interpol cuando fue detenido.

—Sabe que no le conviene. Si lo hubiera hecho, quizá habría sido puesto en libertad antes de cumplir la condena… Pero al salir, se habría encontrado con los pistoleros del jefe… Y ésos sí que no se andan con remilgos a la hora de dar un escarmiento.

—Comprendo. De todos modos, Amélie, tú ya sabes que no es inteligente tener un distribuidor que sea vicioso.

—Oh, cuando Dominique vino aquí, no lo era demasiado… Parece que sólo tomaba un poco de coca de cuando en cuando, allá en Marsella, con Fauchet. Pero, al desaparecer éste de su vida, la chica empezó a echar de menos la coca, hasta que finalmente se acordó de nosotros y se vino aquí. Nos dijo que Fauchet había desaparecido, que ahora ella no tenía dinero, ya que él la… «ayudaba», pero que si le facilitábamos algo de coca, nos pagaría más adelante, que tenía buenos amigos con dinero… Nos pareció que sería buena idea unirla a nuestra flotilla de distribuidores en Niza, aunque con cierta cautela. Pero sólo en las dos primeras

semanas, ella dejó más beneficios que cinco de los otros distribuidores… Lástima que se ha ido aficionando demasiado al vicio… ¿He dicho algo que no sea cierto, Dominique?

Dominique, que había estado mirando con expresión resentida a la sarcástica Amélie, encogió los hombros y se dedicó a mirar los pajarillos que piaban en una de las palmeras.

—En realidad —sonrió Amélie—, tengo que admitir que Dominique es un elemento valioso y útil. Es inteligente, parece que no comprende bien lo peligroso de su trabajo, de modo que lo hace con una naturalidad escalofriante, y además, como es más bien bonita, se introduce en esferas donde abunda el dinero, y el vicio.

Salvator miró un tanto irónicamente a Amélie cuando ésta dijo lo de que Dominique era «más bien bonita», pero no dijo nada. Comprendía muy bien los relativos celos de Amélie hacia la belleza más dulce y luminosa de Dominique.

Moise Maubert apareció cuando el silencio entre los tres comenzaba a hacerse notar de un modo molesto.

—¿Has hablado con el jefe? —se interesó en seguida Dominique.

—Sí. ¿Te han contado lo del agente del FBI?

—No… —Alzó las cejas la muchacha—. ¿Un agente del FBI?

—Llegó a Niza en el mismo avión que el idiota de Salvator, que, según parece, fue el único que consiguió escapar de Nueva York… Tengo un trabajo para ti, Dominique. Pero antes te contaré cómo están las cosas y quién es, cómo se llama y dónde está ese agente del FBI. Se ha alojado en el *Fleur de Lis* y…

Le explicó lo que Bonnac le había explicado antes a él. Bonnac fue aclarando algunos puntos, sobre la marcha, y finalmente, Maubert preguntó:

—¿Enterada?

—Sí, claro… Pero si Salvator dice que ese Saintjohn no se ha ocupado de él, ni…

—Eso es lo que el jefe quiere saber con seguridad. Si el tal Harry Saintjohn está en Niza por otros asuntos, o simplemente está buscándonos a ciegas, lo dejaremos en paz, hasta que se aburra. Pero si tenemos la certidumbre, en determinado momento, de que vino detrás de Salvator, o que tiene cualquier otra pista sobre nosotros, tendré que comunicárselo inmediatamente al jefe.

—¿Y qué haría él, entonces?

—Eso no es cuenta nuestra… —Gruñó Maubert—. Pero tú vas a encargarte de averiguar qué es lo que está haciendo exactamente en Niza el americano. ¿Crees que podrás?

—¿Yo sola? ¿Qué…, qué tendría que hacer?

—Hablar con él… —rió Salvator Bonnac—. El americano es muy sociable.

—Pero él puede sospechar algo… Los agentes del FBI no son tontos, según dicen…

Bonnac renegó algo muy feo.

—Sabemos que no son tontos… —Gruñó—. Pero tampoco son adivinos. Cuando reaccionan es porque saben algo, y ese algo es su punto de partida. Cuando no saben nada, no reaccionan, por muy descaradamente que se les pase el arenque por la nariz…

—¡Salvator te está llamando arenque! —rió Amélie.

Dominique aceptó con tan elegante indiferencia sus palabras, que la bonita Amélie se sintió mortificada. Su padre le dirigió una hosca mirada de censura y se inclinó más hacia la rubia.

—El jefe quiere saber qué es lo que sabe el FBI de Niza, de París, de Nueva York y de toda la organización… Quiere estar bien enterado para tomar las medidas oportunas, naturalmente. Y nadie mejor que ese agente del FBI que intervino en el asunto de Nueva York, para facilitarnos la comprensión de lo que pueda saber el FBI. Te harás amiga de él.

—Pero él sospechará…

—Si está en Niza porque su trabajo tiene que realizarlo en Niza misma, sí. Pero si está de paso para otro asunto, no se interesará demasiado por ti. Precisamente eso es lo que queremos: si está aquí porque su trabajo es en Niza, comprenderá que tú lo estás vigilando, y hará algo… Entonces, se lo diremos al jefe, y él tomara una decisión. Si se limita a aceptar tu simpática presencia sin hacer nada, nos despreocuparemos de él. ¿Lo entiendes?

—Demasiado, Moise… Eso es un riesgo para mí.

—Ningún riesgo. Si él ha venido porque sabe algo de nosotros, el jefe se encargará del asunto. Si está por otros asuntos, todo lo que te ocurrirá será que habrás conocido a un hombre más, y cuando él se vaya, todos tranquilos.

—Es muy simpático —sonrió Bonnac—: te gustará, Dominique.

—Irás con ella, Salvator. Cuando el del FBI salga del hotel, se lo

señalarás a Dominique, y ella se encargará del resto. ¿Entendido? —Bonnac y Dominique asintieron, y Maubert se puso en pie—. Bien. Ahora, te daré una pequeña dosis para ti, Dominique.

—¿Y las de los clientes?

—Calma. No está la cosa para andar por ahí con paquetes de tabaco que contienen dentro mucho dinero en drogas. Los clientes tendrán que esperar. En cuanto a ti, te aconsejo que hagas un esfuerzo y olvides la coca y la morfina. El jefe está enterado de esto… y no te gustaría saber lo que él opina respecto a que uno de sus empleados sea tan vicioso como los mismos clientes. Por tu bien, Dominique: contrólate.

—Una más… Sólo una más, Moise… La necesitaré para poder estar en forma en el asunto de ese agente del FBI. Te juro que me resisto lo que puedo, pero…

—Te daré una dosis de morfina, Dominique… —musitó Maubert—. Pero después de este asunto del americano, habrá que tomar una seria determinación. Sinceramente, no me gustaría que el jefe tomase decisiones radicales con respecto a ti… ¿Lo entiendes?

Dominique se pasó la lengua por los labios y asintió con la cabeza. Maubert le hizo una seña y ambos entraron en la casa. Maubert regresó al patio apenas un par de minutos después, fruncido el ceño.

—¿Y Dominique? —preguntó Bonnac.

—Se está inyectando. Ya sabes que a los viciosos no les gusta que los vean en ese momento… Lo siento por ella.

—¿Qué es lo que siente?

Moise Maubert tardó un poco en contestar.

—El jefe me ha dicho que si Dominique no se aparta del vicio en un par de semanas, habrá que eliminarla.

—Oh… —rió Amélie—. Espero que para entonces ya estará solucionado lo de ese americano. Y Dominique no es imprescindible en la organización… ¿Sabéis una cosa? Tal como Salvator ha descrito a ese americano, casi me gustaría ser yo la que tuviese que entrar en contacto con él. Debe ser divertido.

CAPÍTULO IV

No tuvo nada de divertido. Al menos, eso le pareció al pecoso y patilargo Harry Saintjohn en aquel momento.

Había salido del hotel después de una estupenda siesta, con su albornoz a rayas negras y amarillas y, naturalmente, en traje de baño. Había llegado a la playa después de cruzar el paseo, se había dado un estupendo y refrescante baño, luego había encendido un cigarrillo, se había tumbado sobre la toalla de alegres colores…, y cuando más a gusto estaba gozando de la vida y del sol, tumbado panza arriba en formidable inactividad, ¡zas!, un puñado de arena cayó sobre su rostro… Sobre los ojos, en la boca, en la nariz… Hasta notó algunos granitos de arena en una oreja, muy molestos.

Se sentó con la velocidad de un relámpago, sacudiendo la cabeza, y, efectivamente, pensando que aquello no tenía nada de divertido.

—Oh, perdón… ¡Perdón, señor! Le ruego que me disculpe.

Por suerte, al tener los ojos cerrados, la arena no había entrado en ellos, de modo que después de sacudírsela de los párpados y resoplar para librar de molestias su nariz y su boca, Harry Saintjohn pudo mirar a quien le pedía disculpas, airado el gesto, abierta la boca, sin duda para replicar agriamente…

Se quedó así.

O sea, con un gesto ligeramente agrio en el rostro y la boca abierta. Y ver abierta la boca de Harry Saintjohn era todo un espectáculo.

Por fin murmuró:

—Madre mía…

—Le suplico que me disculpe, señor.

Por supuesto que no estaba soñando. Allá estaba la visión,

completamente real y auténtica. Por completo auténtica, ya que era poco probable, por no decir imposible, que dentro de aquel bikini azul de dos diminutas piezas pudiera haber trampa de ninguna clase. Imposible, desde luego. Tampoco podía haber trampa en los ojos grises con chispitas doradas, ni en la boca alargada y llena, ni en el finísimo cuello, ni en ningún sitio del maravilloso cuerpo femenino. ¿Y qué decir de aquellos largos y lacios cabellos rubios…? Pues eso, lo que había dicho Harry Saintjohn: Madre mía…

—Está disculpada, señorita… —pudo decir al fin, en impecable francés, puesto que así le había hablado ella.

—Gracias, señor… Iba distraída y…

—Ni una sola palabra más de disculpa, señorita. Ahora, siéntese y hablaremos de política.

—¿De… política? Perdón, señor, pero…

—¿Prefiere otro tema? Yo soy capaz de hablar de cualquier cosa de este mundo. O de cualquier mundo. Soy aficionado a las novelas de ciencia ficción.

La muchacha sonrió levemente. Y dijo:

—Adiós, señor.

—Oiga, espere, podemos hablar de…

Pero ella no le hizo caso. Se fue un poco más allá, extendió su toalla sobre la arena, colocó de cabecera el albornoz que había llevado en un bracito, miró hacia el mar… y se fue a nadar.

Estuvo en el agua durante casi diez minutos, durante los cuales, el rubio y pecoso Saintjohn no la perdió de vista ni un segundo, sonriendo de un modo extraño, pero tan levísimo que nadie podía definir aquello como una sonrisa. Finalmente, la rubia ondina del bikini azul salió del mar y se tendió en su toalla.

Harry Saintjohn esperó todavía unos minutos. Luego se puso en pie, fue donde estaba la muchacha, se plantó a su lado y dijo:

—Si yo fuese vengativo, podría llenarle ahora mismo de arena todo el cuerpo.

Ella abrió los ojos, se puso una manita como pantalla y se incorporó sobre un codo. Saintjohn pensó que si continuaba mirándolo desde «allá abajo» se le iba a romper el cuello, de modo que se acuclilló.

—¿La molesto? —sonrió.

—Un poco, señor.

—Bueno, entonces me iré en cuanto usted haya puesto remedio a su desmán anterior.

—¿Mi desmán anterior?

—En efecto. Creo que tengo un grano de arena en este ojo. No tengo espejo a mano y me ha parecido que si debía pedir ayuda a alguien, nadie mejor que usted para prestármela… ¿O no?

Ella se sentó rápidamente, con expresión consternada.

—Lo lamento de veras, señor. Si me permite ayudarle… Espero que podré evitarle esa molestia.

—Muy amable.

Harry Saintjohn se sentó en la toalla, junto a la muchacha, y se señaló el ojo derecho, significativamente. Ella separó los párpados con dos deditos y acercó mucho su rostro, para mirar en busca del granito de arena.

—Bueno… No veo la arena, señor…

—Busque, busque. Pero si tiene prisa porque la estén esperando, me resignaré a quedar tuerto.

—No, no… No tengo prisa… Y sigo sin ver la arenilla…

—Pues si no tiene prisa, es porque está usted esperando aquí a alguien… ¿He acertado?

—Tampoco, señor. A ver, mire hacia la derecha…

Harry Saintjohn miró hacia la derecha.

—Entonces, ¿está usted sola?

—Oh, sí… Ahora hacia la izquierda…

—¡Qué bien!

—Ahora mire hacia abajo… ¿A qué se refiere, señor?

—A que si usted está sola y yo estoy solo, pues…

—¿Quiere mirar hacia arriba?

—Me estoy mareando… ¿Qué le parece mi proposición?

La muchacha quitó por fin sus deditos de los párpados del yanqui, y se quedó mirándolo un poco enfurruñada.

—No tiene usted ningún grano de arena en el ojo, señor.

—Le aseguro que si… Se habrá escondido. ¿Qué le parece mi proposición?

—¿Qué proposición?

—Pues la de hacerme compañía… Es lo menos que puede usted hacer, después de agredirme con arena y dejarme maltrecho. Vamos

a ver: ¿qué tiene de malo que yo traiga aquí mi toalla y mis cigarrillos y nos pongamos a charlar tranquilamente?

—Bueno… —Ella acabó por sonreír—. Verdaderamente, no veo que tenga nada de malo, señor.

—¿Verdad que no? Pues nada: voy a trasladar mi campamento…

Se fue a buscar sus cosas, se colocó junto a la muchacha, y encendió un cigarrillo. Mientras lo hacía, su mirada se clavó un instante en el antebrazo izquierdo de ella, en la parte interior, donde se veía con bastante claridad un pequeño pinchazo.

—Me llamo Harry Saintjohn… —dijo éste—. Tengo treinta y dos años, soy norteamericano y me dedico a vender piensos compuestos para el ganado y animales diversos. ¿Y usted?

Ella se echó a reír.

—Yo me llamo Dominique Beutom, tengo veinticuatro años, soy francesa y me dedico a pasar modelos en algunas exhibiciones.

—Yo soy soltero.

—Yo soy soltera.

—Ni tengo novia, ni nada.

—No tengo novio…, ni nada.

—Estupendo Oiga: ¿alguna vez le han dicho que es usted dulcemente bella?

—Pues…, no. Me han dicho muchas cosas, señor Saintjohn, pero nunca nadie me dijo eso de «dulcemente bella».

—Es que yo soy más ingenioso… ¿A qué hora te parece que cenemos, Dominique?

Ella le miró asombrada.

—Un momento, señor Saintjohn, un momento…

—Llámame Harry, cariño.

—Yo… Mire, Harry, respecto a la cena…

—¿A qué hora?

—A ninguna. No pienso cenar con usted.

* * *

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó él.

—Mucho… —sonrió ella—. Todo ha sido delicioso, Harry. Nunca antes había estado aquí.

—Cosas de la vida. Hay quien vive en Nueva York Y jamás ha subido al Empire State Building, o no ha ido a Conney Island, o no

ha estado en la Estatua de la Libertad… ¿Te apetece algo más?

—¡No! —rió ella.

Saintjohn hizo una significativa seña al camarero, que asintió con la cabeza y se alejó en busca de la cuenta. Encendieron un cigarrillo cada uno, mirando a su alrededor con expresión complacida. Un pequeño restaurante cerca del mar, una terraza que parecía colgada sobre las pequeñas olas, luces tenues, la luna, las flores que llenaban toda la barandilla de la terraza, algunas palmeras enanas en grandes tiestos, una deliciosa cena…

El camarero vino con la cuenta, Saintjohn pagó, agregando una de sus propinas generosas, se puso en pie, tomó a la muchacha de un bracito y dijo:

—Iremos a bailar un poco… ¿Qué te parece?

—Oh, no… No, Harry, a bailar, no… Es muy tarde…

* * *

—Harry.

—¿Mmm…?

—Estoy cansada…

—¿Ya no quieres bailar más?

—Es muy tarde, tengo sueño…

Harry la apretó más contra su pecho y continuaron bailando, lentamente, al compás de la suavísima música, bajo el techado de cañas adornado con flores, casi invisibles, a las rojas luces, como sombras entre las demás parejas, ya muy escasas. Hacía un poco de fresco ya, y quizá por eso Dominique se apretó también contra él, como buscando calor… Entonces, Harry Saintjohn inclinó su cabeza y ella, en un entendimiento perfecto que no precisaba palabras, la alzó… En efecto: se besaron. Un beso largo, lento, profundo…, que todavía duraba cuando cesó la música. Por fin, ella separó sus labios, deslizándolos lenta y dulcemente por los de él. Quedó con la cabecita entre el hombro y el cuello de él.

—Harry.

—¿Mmm…?

—Ha parado la música.

—Bueno.

—Es muy tarde… Las tres.

—¿Ya? Entonces, ha llegado el momento de tomar la última

copa del día… En tu apartamento. ¿Tienes algo bueno allí?

—Bueno… Sí, claro, pero…

—Vamos allá.

—No… No, Harry… Corres… demasiado. A mi apartamento, no. No, allí no quiero que vengas…

* * *

—¿No encuentras la llave? —preguntó él.

—Sí… Aquí está.

—Yo abriré… ¡Sssttt!

Rió quedamente, y ella replicó con una risita nerviosa. Harry Saintjohn metió la llave en la cerradura, le dio la vuelta y empujó la puerta hacia el oscuro interior del apartamento, en el 25 de Dubochage. Un apartamento que tenía que ser muy bonito, a juzgar por el aspecto exterior del edificio, con grandes terrazas floridas, persianas blancas, cristal y ladrillos rojos. Una preciosidad.

—La luz está a la izquierda, Harry —musitó ella.

—Toma, claro… No iba a estar detrás de la puerta… ¡Ssssttt!

Dio la luz, entró, se volvió, cerró la puerta y abrazó a Dominique, que clavó sus deditos en la nuca masculina, mientras correspondía cálidamente al beso.

—¿Dónde está el dormitorio? —susurró él.

—Oh, Harry, eres demasiado…

—Lo digo para tomar una ducha.

—Oh… —Ella rió quedamente, como una niña traviesa—. ¡Oh, eres un formidable granuja…! Ven.

Le tomó de una mano. Cruzaron el saloncito de gran ventanal, y ella señaló una puerta, tras encender la luz Una puerta abierta, que permitía ver el lecho de un dormitorio, manchado por el rectángulo de luz que llegaba del saloncito.

—Pues vamos allá… A la ducha, quiero decir.

Ella le apretó la mano y fue con él al dormitorio Entraron muy juntos, tanteando Harry con la mano izquierda, hasta encontrar el interruptor. Dio la luz… y se quedó mirando con simpático gesto de sorpresa a los dos hombres que estaban allí, pistola en mano. Dos tipos ceñudos, que, evidentemente, no era la primera vez que tenían un arma en la mano.

—Vaya… —exclamó Saintjohn—. ¿Son tus hermanitos?

La muchacha había palidecido ligeramente, apartándose de él. Miraba como asustada a los dos hombres.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó temblorosamente.

—Oh, vamos, vamos, querida… —rió Saintjohn—. ¡Pero si es la mar de divertido! Me lo habían contado pero la verdad es que nunca quise creerlo: un turista con dinero, una chica muy linda con apartamento propio, una promesa de noche feliz…, y al llegar, los «hermanitos» de la dulce doncella, que le dejan a uno sin un centavo y le dan la gran paliza…, o algo así. ¿Okay encantadora Dominique?

—Dé la vuelta —dijo uno de los hombres, secamente.

—¿De campana? —se interesó Saintjohn.

—¿Por qué habéis venido? —insistió Dominique—. ¿Qué ocurre?

—Ya te enterarás. Y usted, gracioso, dé la vuelta, o se la haremos dar a balazos.

Harry Saintjohn miró sonriente las pistolas. Naturalmente: llevaban silenciador. Lo mejor, sin duda, era dar la vuelta, como querían los dos «hermanitos».

La dio, alzando las manos, girando lentamente. En, seguida, notó la mano de uno de los hombres, palpando bajo sus ropas.

—Parece que no lleva *ning*…

Harry Saintjohn se volvió entonces, sin bajar las manos, de modo que el codo derecho se clavó duramente en el rostro del hombre que tenía detrás, con tal fuerza que el «hermanito» salió volando hacia la cama, soltando la pistola, mal conteniendo un grito de dolor y alarma. Cayó sobre la cama, rebotó en el mullido colchón y dio de bruces en el suelo…

Para entonces, el simpático patilargo había alzado ya una de sus piernas, velozmente. Seguramente no era capaz de llegar de Niza a París de un solo paso, pero sí era perfectamente capaz de llegar con el pie a la mano armada del otro «hermanito». La pistola saltó por el aire, casi al mismo tiempo que, ya recuperada su pierna, Saintjohn saltaba contra el hombre. Lo alcanzó con un escalofriante corto en el estómago, y un zurdazo en el hígado que dejó al «hermanito» más amarillo que la yema de un huevo. Un codazo en pleno rostro, con impecable estilo de luchador de «cacht-as-cacht-can», tiró al hombre contra la pared, donde pareció quedar clavado.

Siempre como un relámpago, Saintjohn se volvió hacia el otro, que gateaba hacia su pistola. Justo cuando la mano del «hermanito» se posaba sobre el arma, el pie derecho del yanqui caía sobre la mano, soportando todo el peso del larguirucho cuerpo.

—¡Ale-hop! —exclamó Saintjohn.

Giró sobre sí mismo, y el «hermanito» casi se hizo sangre en los labios, al mordérselo para no gritar cuando toda la piel del dorso de la mano fue arrancada por el tacón al girar sobre ella. Saintjohn quedó inmediatamente junto al palidísimo individuo, y de un punterazo en la barbilla lo envió al país de los sueños.

Pero mientras tanto, el otro estaba ya muy cerca de su pistola, a punto de alcanzarla. Lo hizo justo cuando el yanqui saltaba hacia él en plancha, efectuando un recorrido extraordinario, escalofriante. Se produjo el encontronazo cuando sonaba el «plop» del primer disparo. La bala pasó por encima de la cabeza de Saintjohn, rebotó en la pared y cayó en la cama, estropeando la bonita colcha dorada. Mientras tanto, los dos contendientes estaban en el suelo, forcejeando. Uno, queriendo apuntar la pistola a la cabeza del otro, y éste haciendo lo posible para que aquél no lo consiguiera. Los dos hombres jadeaban contenidamente, tensos los músculos, crispados los rostros… La pelea podía decidirse en un segundo, porque si bien Saintjohn estaba demostrando tener unos músculos de acero, el «hermanito» estaba demostrando que no era de mantequilla precisamente.

Tanto era así, que parecía incluso capaz de levantar a pulso al yanqui por encima de él, a pleno peso. Y si esto sucedía…

¡Clock!

El golpetazo estalló en la cabeza de Harry Saintjohn, que cayó de lado, todavía su mano aferrando fuertemente la de su enemigo. Entre unas extrañas nubes negruzcas, vio a Dominique, muy borrosa, acercándose a él pistola en mano… Soltó la mano del hombre, se puso de rodillas…

¡Clock!

Felices sueños, yanqui.

CAPÍTULO V

Como siempre sucede, tardó algunos segundos en acomodar sus ojos a la luz, después de recobrar los sentidos. Poco a poco, todo se fue definiendo ante él. Una luz, una pared, un cuadro barato, una silla, una mujer… Morena. No era rubia, sino morena. Seguro: tenía los cabellos negros, los ojos oscuros… Ah pero allá estaba la rubia y bellísima Dominique. La morena era muy bonita…, siempre y cuando Dominique no estuviera presente. También había tres hombres… No; cuatro. A tres de ellos los conocía; los dos que tenían el rostro más averiado eran los «hermanitos», que le miraban con muy mala cara. Claro. El otro era el melenudo Salvator Bonnac. El cuarto…

—Parece que ya ha despertado, señor Saintjohn —dijo precisamente el cuarto hombre.

—Tengo sed —dijo el yanqui.

—Oh… ¿Le parece bien un coñac?

—Me parece formidable.

Por supuesto, estaba atado. A una cama, además, como si fuese una piel puesta a secar al sol. Fue la muchacha morena la que trajo una copa de coñac, y le ayudó a beber, alzándole la cabeza.

—Gracias, preciosa… —dijo Saintjohn—. Permítame que me presente: mi nombre…

—Sabemos su nombre, señor Saintjohn… —volvió a hablar Moise Maubert—. Y su apellido, su nacionalidad, su profesión…

—¿Piensan hacerme un pedido?

Moise Maubert sonrió secamente y se sentó en el borde de la cama.

—Salvator ya nos advirtió que usted tiene un gran sentido del humor, señor Saintjohn. Pero yo creo que no siempre es adecuado

utilizarlo… ¿Usted qué opina?

—Bueno… Creo que tiene razón, señor…

—¿No sabe mi nombre?

—No.

—Pero sí sabe el de Salvator, ¿no es cierto?

Saintjohn miró a Salvator Bonnac, a los dos «hermanitos», a la morena. Cuando miró a Dominique, le dedicó más tiempo, más fijeza. Por último, miró de nuevo a Maubert, sonrió secamente y acabó apretando los labios con evidente decisión.

—Entiendo… —musitó Maubert—. Vea, señor Saintjohn: mientras usted estaba con Dominique, dos de mis hombres estuvieron en su hotel… No les fue difícil entrar en la *suite* diecisiete, previa certidumbre de que el señor Saintjohn estaba alojado en ella. ¿Quiere ver lo que mis hombres encontraron en el doble fondo de su maleta?

—¿Tenía doble fondo mi maleta? Debe ser la broma de algún amigo… ¿Qué llevaba de contrabando? ¿Maní?

Moise Maubert volvió a sonreír, a su pesar, si bien secamente. De una silla colocada junto a la cama, y que hasta entonces Saintjohn no había visto, tomó una pistola, en primer lugar.

—Pistola «Colt», modelo Devil, silenciosa de origen… Calibre cuarenta y cinco. Radio de bolsillo de largo alcance… Pongamos unos… cien kilómetros, como mínimo. Tarjeta y placa del FBI. La tarjeta está a nombre de Harry Saintjohn, de donde se desprende que está utilizando su verdadero nombre. Y, finalmente, señor Saintjohn, usted tenía esto en su maleta.

Colocó una fotografía ante los ojos del yanqui. Se veía claramente a Salvator Bonnac, teniendo como fondo una agencia de la PamAm, en una calle neoyorquina.

—Salvator no es muy fotogénico, ¿verdad? —Quiso sonreír Harry.

—Es más bien feo y raro… —admitió risueñamente Maubert—. Por eso nos extraña su interés por él, señor Saintjohn. ¿A qué se debe?

—Me gustan los hombres feos y raros.

Moise Maubert estuvo mirándolo fijamente unos segundos, con lentísimos parpadeos. Por fin se puso en pie.

—Señor Saintjohn: yo quiero que usted me diga qué hace en

Niza, cómo pudo saber que Salvator venía aquí, y si está usted solo o con algunos compañeros… Quiero saber muchas cosas, y le haré las preguntas convenientes. Ahora bien, como usted parece muy gracioso y al mismo tiempo muy terco, voy a dejar que Paul y Richard lo convenzan de que cuando yo vuelva a hacerle preguntas, debe usted contestarlas. Ya dirá usted basta, señor Saintjohn.

Les hizo una seña a los «hermanitos», llamados Paul y Richard, y él, junto con las dos mujeres, salieron del cuarto. Salvator lo miraba malignamente, mientras los dos matones se acercaban a la cama, con la pistola en la mano.

De pronto, uno de ellos lanzó un terrible golpe con la culata, contra el estómago del federal, que lanzó un aullido, palideció, saltó como si fuera a romper las cuerdas que lo ataban a la cama y quedó en el acto muy aplanado, sin respirar, durante unos segundos… Unas gotitas de sudor aparecieron en su frente.

—Dale otro, Paul… —dijo Bonnac—. Hasta que te canse tú o él. Y no tengas contemplaciones. Estos tipos son muy duros.

* * *

—Bien, señor Saintjohn… —Moise Maubert volvió a sentarse en el borde de la cama—. Entiendo que usted tiene algo que decirme. Mejor dicho, está dispuesto a contestar mis preguntas. ¿No es así?

Harry Saintjohn asintió débilmente con la cabeza. Tenía la cara enrojecida a golpes, y la sangre brotaba de su frente y de un pómulo. Esto era lo visible de los argumentos convincentes de Richard y Paul, pero, realmente, lo menos doloroso. Si en aquel momento alguien hubiera tocado tan sólo con un dedo el pecho o el estómago del G-man, seguramente se habría desmayado una vez más.

—Es usted un hombre muy terco… —continuó Maubert—. Y muy poco inteligente, la verdad. Me ha decepcionado. Ya que estaba dispuesto a soportar la paliza, debió resistir hasta el fin. Es una tontería soportar un mal rato para acabar cediendo a los deseos de los demás… ¿No está de acuerdo?

El G-man parpadeó, fijos sus claros ojos azules en los oscuros de Maubert. Eso

fue todo. Maubert suspiró, como desalentado.

—Muy bien, empecemos. Oh, espero que pueda usted hablar, señor Saintjohn. ¿Puede?

—Espero…, espero que sí… Sí. Parece que sí.

—Magnífico. Veamos: ¿siguió usted a Salvator o Salvator a usted?

—Yo a Salvator.

—Ciertamente, es lo más lógico. Sin embargo, cuando usted llegó al aeropuerto de Niza, pareció desentenderse de Salvator, hasta el punto de que fue él quien pudo seguirle a usted hasta el hotel *Fleur de Lis*… ¿Acaso viajaba en el mismo vagón algún compañero de usted que, a su vez, siguió a Salvator?

—No… Y usted…, usted lo sabe… Si así fuese, si hubiese en Niza algún… compañero mío, ya habríamos localizado este lugar y ustedes estarían presos… o muertos.

—Aplastante lógica, en efecto. De donde se desprende que usted llegó sólo a Niza, siguiendo a Salvator. ¿Por qué llegó solo, señor Saintjohn? ¿Cuál era su plan? ¿Cómo es posible que tenga una fotografía de Salvator, si él pudo escapar sin ser visto del almacén de los muelles de Nueva York?

—Eso…, eso es lo que él cree… Yo lo vi, en la viga, pero no dije nada. Lo dejamos escapar, lo seguimos a su apartamento, y cuando lo vimos adquirir un pasaje para Niza, comprendimos que podíamos ganar más, mucho más, siguiéndolo que deteniéndolo. Él nos llevaría hasta el foco de donde parte la gran cantidad de drogas que últimamente, siempre por el mismo conducto desconocido para nosotros, está llegando a Nueva York.

—Entiendo. Entonces, ustedes dejaron a Salvator que creyese que había escapado. Le siguieron a la agencia de la PamAm, le tomaron la fotografía, quizá algunas más… Como sabían que él iba a venir a Niza, usted tomó pasaje para el mismo vuelo. Luego, para que él no desconfiase, en Niza dejó que fuese él quien lo siguiese a usted desde el aeropuerto… ¿Sí?

—Sí.

—Mentira. Mentira, señor Saintjohn, porque si usted se dejaba seguir en lugar de seguir a Salvator, corría el muy considerable y más que probable riesgo de perderlo de vista; habida cuenta de que, desde Niza, en coche o en tren, Salvator podía marchar a cualquier

otro país de Europa. Por tanto, yo creo que usted se dejó seguir, pero, al mismo tiempo, un compañero de usted siguió a Salvator… ¿Quién era ese compañero y dónde está?

—No tengo… compañeros en esto, por ahora…

—¿Por ahora? ¿Van a llegar más agentes del FBI?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Una docena. Quizá más… Y se unirán a un grupo de policías franceses anexos a los servicios de la Interpol. Queremos… destruir su organización.

—Estremecedora perspectiva. Pero volvamos a lo que me interesa actualmente. Usted sigue a Salvator desde Nueva York… Pero al llegar a Niza, no le importa perderlo de vista. ¿Por qué?

—Yo sabía… que él me estaba vigilando. Le dejé seguirme hasta el hotel. Mi plan era que él me creyese confiado y tranquilo, que no le conocía… Desde un ventanal del hotel le vi en un taxi, en el que me había seguido desde el aeropuerto… Mi plan era seguirle cuando se alejase del hotel, creyendo que yo me quedaba en el *Fleur de Lis* tan tranquilo.

—Formidable astucia. Magnífico, señor Saintjohn…

—Esperé a que él se fuese con su taxi, salí, busqué otro, me fui detrás… y le perdí. Esto es tan estúpido por mi parte, que no va a creerlo.

Moise Maubert frunció el ceño y se acarició la barbilla, pensativamente.

—¿Por qué no? —musitó—. En realidad, su plan tiene buena parte de lógica y no poca inteligencia profesional: se deja seguir, pero es para, inmediatamente, seguir a su vez a Salvator, cuando éste, confiado, se dirija a cualquier lugar.

—Ése era mi plan. Pero mi taxista parecía un cretino… O quizá Salvator Bonnac me llevaba demasiada delantera… Mala suerte, en definitiva, señor…

—Maubert. Se lo digo, señor Saintjohn, porque, aunque no es de mi incumbencia, ni parte de mi trabajo, temo que usted no podrá… perjudicamos ya jamás… ¿Lo entiende?

—Sí. ¿Por qué dice que esto no es de su incumbencia?

—Bueno… No soy quien toma las decisiones finales, ni mucho menos.

—¿No? ¿Quién las toma? ¿Dominique?

—Oh, Dominique... No le guarde rencor a la chica. Ella obedeció, igual que yo, eso es todo. Todos obedecemos. Incluso usted, ¿no es cierto?

—Desde luego. Pero yo sé muy bien a quién obedezco, Maubert.

—Ah, sí, entiendo su implícita pregunta... Usted quiere que le diga a quién obedezco yo, claro está... Pero ésa no es conversación adecuada ahora. Bien, sabemos lo que usted pretendía al llegar a Niza, sabemos que está solo, ya que de otro modo sus compañeros no habrían tenido dificultad en seguir a Salvator... Sin embargo, usted ha dicho que está solo «por ahora»... ¿Cuándo llegarán sus compañeros, adonde irán, cuáles son los nombres que utilizan...?

—No lo sé.

—Señor Saintjohn... —sonrió amenazadoramente Maubert.

—¡No lo sé! Ellos fueron primero a Marsella, para entrar en contacto con ciertos personajes importantes de la Interpol, que también están detrás de su organización... Desde Marsella, tenían que venir aquí, llamarme por la radio de bolsillo que sus hombres encontraron en el doble fondo de mi maleta, y recibir mi informe respecto al paradero o contactos de Salvator Bonnac... ¡Ésa es la verdad!

—Personalmente, me inclino a creerle, pero dígame, ¿por qué le enviaron a usted sólo detrás de Salvator?

—Porque no convenía espantar la caza.

—Oooohhh... Vaya, caramba, es todo muy razonable, muy sensato, señor Saintjohn... ¿No temieron que a usted se le escapase la caza?

—Se supone —gruñó Harry— que soy uno de los más avispados agentes del FBI, Maubert.

—¿De veras? —rió Maubert—. Bueno, ya ve que no siempre es oro todo lo que reluce. En este caso, al menos, usted ha resultado ser solamente latón vulgar, para sus compañeros del FBI. Pero no se entristezca: todos tenemos fallos. Así pues, tenemos que cuando sus compañeros del FBI lleguen a Niza procedentes de Marsella, donde se han entrevistado con agentes franceses de la Interpol, no podrán comunicarse con usted... Es decir, que le habrán perdido a usted y habrán perdido la pista de Salvator.

Harry soltó un gruñido y miró hoscamente hacia otro lado. El

francés rió quedamente.
—Parece disgustado, señor Saintjohn.
—Francamente, esperaba conseguir un éxito más en mi carrera.
—¿Cuál éxito?
—Encontrar el foco desde el cual se dirige toda su organización, y desde el cual, según nuestras deducciones, salen todas las drogas listas para la venta al… consumidor.
—Ah… También yo quisiera saber eso, se lo aseguro. Por simple curiosidad, desde luego. En el fondo, me alegra no saber nada de nada, excepto mis pequeñas obligaciones como principal distribuidor en Niza.
—En resumen: usted no es más que una pequeña pieza del gran mecanismo.
—Así es. ¿Decepcionado?
—Un poco. Pero ya suponía que no sería fácil llegar hasta el cerebro director de este «tren de drogas» que, partiendo de Turquía, cubre Europa y llega hasta Estados Unidos.
—Parece que ustedes, los del FBI, tienen bien estudiado nuestro… «tren de drogas», como usted lo llama. En efecto: cubrimos toda Europa, norte de África y Estados Unidos. No cabe duda de que el jefe de todo esto es persona inteligente y bien preparada para una… lucha internacional. Cosas que a mí no me importan. Pero como estoy obligado a rendirle un informe lo más completo posible, le haré alguna pregunta más. Por ejemplo: ¿no han enviado agentes del FBI a París?
—¿A París?
—Señor Saintjohn: Salvator le oyó a usted decir en la aduana que iría a París «a comprarse unos cuantos trajes». Por supuesto, usted no precisa comprar trajes en París. ¿Entonces…?
—No sé si mis superiores han enviado agentes a París… ¿Para qué?
—Oh, bueno… Según parece, ustedes, en un dock de Nueva York, hicieron algunos prisioneros, que muy bien pudieron haber hablado en exceso. ¿Ninguno de ellos mencionó París ni Niza?
—No recuerdo.
—¿Tampoco recuerda ningún nombre que ellos pudieran mencionar?
—Pues…, no. Algunos dijeron, es cierto, pero a mí me enviaron

detrás de Salvator Bonnac y yo… recuerdo esos nombres.

—¿Quizá los recordaría si los oyese?

—No sé.

—¿Le suena el de Moise Maubert?

—Maubert… Ése es usted, supongo… No. No recuerdo que nadie lo mencionara. Sé que alguien dijo algo de París… Sí, dijeron un nombre, pero no consigo recordar…

—¿Pascal Bocherie? —musitó Maubert.

—Pascal Bocherie, en París… ¡Oh, sí! ¡Creo que sí! No estoy seguro, pero…

—¿Se mencionaron más nombres? —musitó Maubert, muy pálido.

—Bueno, sí… Alguien habló de no sé quién de Roma, de otro personaje de Viena, otro de Berlín, de La Haya, me parece… No sé. Varios puntos de Europa.

—¿No recuerda los nombres?

—Ésos ni siquiera tuve tiempo de oírlos. Pero algunos de mis compañeros continuaron con el interrogatorio de los detenidos cuando ya salí detrás de Salvator Bonnac.

—¿Cree que los hombres que ustedes detuvieron en el muelle habrán hablado?

Harry Saintjohn consiguió sonreír irónicamente.

—¿A usted qué le parece?

Moise Maubert se puso en pie, todavía pálido, pasándose una mano por la boca, inquieto, casi asustado. Sus pensamientos eran bastante fáciles de adivinar: si podían caer los jefes distribuidores de Roma, París, La Haya, Berlín…, ¿por qué no él mismo?

De pronto dio media vuelta y salió de la habitación. Harry Saintjohn le oyó hablar en el pasillo, excitado, demasiada aguda la voz. A los pocos segundos, entró la chica morena, que, como su padre, se sentó en el borde de la cama.

—Hola —sonrió.

—Hola —sonrió también Saintjohn.

—Parece que usted ha asustado a mi padre, señor Saintjohn.

—¡Estupendo!

Amélie Maubert se echó a reír.

—No se alegre tan pronto. El jefe lo resolverá todo, ya verá. De cuando en cuando, surgen pequeños problemas, que él soluciona

con algunas simples instrucciones por la radio.

—¿Reciben las instrucciones por radio?

—Así es. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Suélteme y deme una pistola.

Amélie volvió a reír.

—¡Es usted muy divertido! Realmente, por lo que tengo oído de usted hasta el momento, es sensacional, poco menos que único. Sabe disimular, cantar, tocar la armónica, bailar, reír, mentir…

—Tengo un defecto —masculló Harry.

—¿Es posible? —exclamó ella—. ¿Cuál?

Saintjohn abrió mucho la boca, después de decir:

—Una muela de oro.

Amélie tuvo que reír otra vez, y más cuando, en efecto, vio la prótesis dental.

—¡Extraordinario! —gimió alegremente—. Pero yo creo, señor Saintjohn, que además de la muela de oro tiene usted otro defecto.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Le gustan las rubias.

—Oh, se refiere a Dominique… ¿O no se llama así?

—Se llama así. Es una chica no demasiado lista, que hasta ahora nos ha sido muy útil para el negocio. Pero se está quemando ella misma. También tiene un defecto.

—¿Que es adicta a la morfina?

—¿Lo sabía usted? —se sorprendió Amélie.

—Vi su brazo en la playa. Para un especialista como yo aquel pinchazo reciente, sólo quería decir una cosa.

—Claro… Bien, tendremos que esperar la decisión del gran y único jefe, señor Saintjohn. Desde luego, no puedo desatarlo ni darle una pistola… Su situación, siendo mala, es culpa de usted mismo… O quizá del FBI en pleno. ¿Cómo se les ocurrió enviar a un solo hombre?

—Confiaban en mí.

—Pues va usted a recibir todos los golpes, por causa de eso.

—Cabeza de turco.

—¿Cómo?

—Que voy a ser la cabeza de turco en este peligroso juego.

—¡Así parece! Usted lo ha definido muy bien… Es posible que sus compañeros tengan más suerte y éxito en su trabajo por Europa,

pero usted va a ser, ciertamente, la cabeza de turco que recibirá todos los golpes.

—Ya estaba previsto.

—¿Cómo dice? —entornó los ojos Amélie Maubert.

—Digo que cuando ingresé en el FBI, ya previne esto… No me pilla de sorpresa. Y, de todos modos, ser cabeza de turco es siempre una experiencia interesante.

—Si se sobrevive a ella, sí… —admitió Amélie—. Como le decía, no puedo soltarle, ni darle una pistola… Pero quizá aceptaría usted otro coñac.

—Acabaría de agujerearme el estómago. No, gracias. ¿Dónde está Dominique?

—Fuera, esperando que mi padre reciba las instrucciones. ¿De verdad no quiere un coñac?

—Preferiría un cigarrillo.

CAPÍTULO VI

Cuando Moise Maubert apareció de nuevo en el cuarto, Harry Saintjohn estaba chupando golosamente del cigarrillo que le sostenía la muchacha, amablemente.

—Amélie: nos vamos.

—¿Nos vamos? —exclamó ella—. ¿Adonde?

—Nos recogerán en el muelle y nos llevarán allá.

—¿Allá? ¿Adonde?

—Adonde está el jefe. No hagas más preguntas. Nos vamos, eso es todo.

Dominique apareció detrás de Maubert, excitada.

—¿Estás seguro de que el jefe quiere que vayamos con él, Moise? —preguntó.

—Por completo; así me lo ha ordenado por la radio.

—Bien… ¿Cuál es el lugar?

—¡No lo sé! ¡Siempre estáis todos haciendo preguntas! Nos vamos al muelle, una lancha llamada *Le Seine* nos recogerá y nos llevará con el jefe… Una lancha o un yate, no sé… Creo que un yate. ¿Qué más da?

—No me gusta… —dijo Salvator, detrás de Dominique—. Nunca antes de ahora el jefe había recibido a nadie en su escondrijo, Moise.

—Muy bien, ¿qué quieres que le diga? ¿Que no vamos? ¡Vete al demonio, maldita sea! Paul, Richard, sacad a éste de la cama y llevadlo a vuestro coche. Dominique, Amélie y yo iremos en el mío… Tú ve con ellos, Salvator.

—Está bien.

—Son las… cinco menos diez. Es de día ya, pero nadie habrá para fijarse en nosotros. Podemos estar en el muelle a las cinco y

unos pocos minutos.

—Pero bueno —preguntó Dominique—: ¿Cuáles son las instrucciones concretas?

—Que vayamos al muelle… —Se cargó de paciencia Maubert—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —dijo el
G-man
—: ¿quién avisará en mi hotel de que no iré más por allí?

* * *

Menos Paul y Richard, estaban ya todos a bordo del yate, más bien pequeño, pero ligero, esbelto. Parecía capaz de desarrollar muy buena velocidad. Richard y Paul se habían llevado los coches de allí, y regresaron después de dejarlos convenientemente alejados del muelle. En efecto, nadie se preocupaba de ellos. El sol, quizá, que había salido no hacía mucho, de un color naranja rabioso. El mar no se movía. Parecía un espejo de color naranja, reflejando al sol. Se veían muchos yates y lanchas cerca, inmóviles sobre el agua, como si todo el conjunto fuese un magnífico cuadro genial. El verano es una cosa muy agradable.

El yate fue puesto en marcha apenas Paul y Richard aparecieron en el muelle; tuvieron que saltar a la embarcación cuando ésta ya se separaba de los grandes bloques de piedra. Habían encontrado tres hombres a bordo. Todos ellos de alrededor de treinta y cinco años, apuestos, atléticos, con un saludable aspecto de deportistas. Ninguno de los tres era charlatán, eso quedó demostrado en seguida. Uno fue abajo, sin duda a la radio que debía haber a bordo. Otro se quedó apoyado en la borda, mirando al prisionero ceñudamente. Y el tercero se encargó de pilotar el yate, rumbo a… Bueno, de momento al sur. Harry Saintjohn, entre otras muchas cosas, sabía que el sol sale por el Este. Por lo tanto, según estos cálculos, y teniendo en cuenta el lugar donde quedaba el sol, pues eso: estaban navegando hacia el sur… No. No, no… Más bien hacia el sudeste. Sí, hacia el sudeste. Es decir, de momento, hacia la isla de Córcega, directamente. Muy bien.

—¿Verdad que vamos rumbo a Córcega? —preguntó en voz alta.

Todos le miraron, con distintas expresiones, pero predominando el desagrado.

—Bueno, no contesten si no quieren… Pero yo sé que, de momento, vamos hacia Córcega. ¿Está allí el jefe?

—Cállese —dijo el tipo que estaba apoyado en la borda.

—Quiero fumar —dijo Harry.

Dominique se acercó a él, encendió un cigarrillo y lo acercó a su boca, pero Harry ladeó la cabeza, rechazándolo.

—Lagarto, lagarto… —Gruñó—. ¿Por qué no te vas al infierno, querida mía?

Dominique se mordió los labios y optó por fumarse ella el cigarrillo. A los pocos segundos, Amélie se acercó al atractivo G-man y le colocó un cigarrillo en los labios, que fue aceptado con agrado. La morena miró a la rubia y sonrió.

—Parece que ya no le gustas, Dominique. Oh, por cierto… ¿No te apetece un poco de morfina?

Los grises ojos con chispitas doradas de Dominique brillaron furiosamente un instante. Luego, se puso en pie y se dedicó a mirar el mar junto al casco del yate, que lo abría en blanco surco espumoso. Las aguas eran tan transparentes que incluso a aquella profundidad de no menos de cincuenta pies, se veía el fondo, como si todo fuese puro cristal.

Harry Saintjohn miraba de unos a otros, sin descanso. Parecía incluso divertido, y su expresión entre bobalicona y simpática, comenzaba a exasperar a Richard y Paul, que recordaban muy bien lo fácilmente que el G-man había estado a punto de vencerlos, incluso estando desarmado. De no haberle golpeado Dominique con una pistola en la cabeza…

Fue precisamente Dominique quien vio, casi una hora más tarde, el helicóptero, unos segundos antes de que el ruido de su motor llegase hasta el yate. Para entonces todos miraban ya hacia allí, muy interesados.

Pocos segundos después, el helicóptero pasaba por encima de ellos, a menos de cien pies de altura. Los adelantó fácilmente y se fue perdiendo a lo lejos, precisamente, según parecía, también rumbo a Córcega.

Saintjohn no dejaba de mirar a todos, entornando los ojos. Pero quedó un poco decepcionado, porque nadie pareció interpretar que

en aquel aparato podía viajar, quizá, el jefe de la organización que extendía su «tren de drogas» desde Turquía hasta Estados Unidos. Según parecía, el pensamiento de que en aquel aparato iba el jefe supremo, sólo se le había ocurrido a él.

Media hora más tarde, el tipo que había bajado al interior del yatecillo apareció en cubierta, con una cafetera y varios vasos. Todos tomaron café, menos Saintjohn, pues nadie se preocupó de ofrecerle. Solamente Dominique le miró un instante, vacilante…, pero su mirada se cruzó con la del
G-man,
y comprendió claramente, por la expresión de éste, lo que estaba pensando: «lagarto, lagarto…». No quería nada con ella.

Hacia las nueve y media de la mañana, cuando llevaban casi cuatro horas de navegación y se distinguían ya a lo lejos los picos de unas montañas, el helicóptero volvió a aparecer en el cielo. Era el mismo, no cabía duda. De lo que tampoco cabía duda, al menos para Harry, era que estaban viendo la isla de Córcega.

—Pues sí, señor —dijo—: estamos llegando a Córcega… Y ahí viene otra vez el helicóptero. A lo mejor nos tira caramelos. O propaganda de algo… Prefiero los caramelos… ¿Nadie me da un cigarrillo?

Ahora estaban en cubierta los tres tripulantes del yate. El que llevaba el volante no se alteró. Los otros dos cambiaron una mirada, y uno de ellos bajó a los camarotes. Cuando reapareció llevaba una caja de aluminio, doble de larga que una de zapatos. La abrió, sacó un pequeño fusil de cañón muy grueso y metió por el tubo una de las tres granadas que se veían en la caja…

—¿Van a dispararle al helicóptero? —preguntó a gritos Harry.

El que no manejaba el extraño fusil se acercó a él, en silencio, y le dio un puntapié en el estómago que dejó al
G-man
poco menos que fuera de combate, ya que lo tenía blando como un globo viejo. Se quedó tendido de lado en cubierta, atado de pies y manos, alzando los ojos hacia el helicóptero. Todos miraban hacia el helicóptero, excepto el que gobernaba el yate, que parecía no sentir interés por nada…

—Apunta bien, Guido —dijo el que había golpeado con el pie al
G-man.

El helicóptero estaba ahora elevándose y cambiando rumbo. Parecía como si sus ocupantes u ocupante hubiesen visto la extraña arma y hubiesen decidido muy cuerdamente que aquella proximidad era peligrosa.

El llamado Guido alzó el fusil lanzagranadas, apuntó apenas un segundo y disparó.

Admirable…, en cierto modo. Admirable la puntería de Guido, eso sí.

A casi doscientos pies por encima de ellos, y a no menos de cuatrocientos hacia el sur, el helicóptero se convirtió, de pronto, en una roja llamarada, con tornasoles morados y negros, reventando violentamente, lanzando pequeños trozos de plancha ardiente a todo su alrededor.

Lo que quedó, muy poca cosa, bajó hacia el mar, dando extrañas vueltas, como una libélula esquematizada. Una vuelta, otra, otra… Y fin. Una gran nube de humo brotó del agua al caer el incendiado aparato en ella. Del ocupante o los ocupantes, ni rastro, desde luego. Cuando pasaron cerca de allí, tampoco quedaba ni rastro del helicóptero.

—¿Amigos suyos, quizá, Saintjohn? —preguntó Paul.

El
G-man
lo miró, muy pálido. No contestó. Miró a los demás, lentamente, calculadoramente. Salvator Bonnac, Moise Maubert, Amélie y Dominique, también estaban pálidos, volviendo la cabeza hacia donde había desaparecido el helicóptero. Seguramente, la más pálida y más desencajada era Dominique Beutom, que no pudo evitar el temblor de su mano al llevarse el cigarrillo a los labios.

—¿No me ha oído, Saintjohn? —insistió Paul.

El
G-man
lo miró fijamente.

—Le he oído.

—¿Y…?

—Puede que fuesen amigos míos. Puede que no. También puede que fuesen personas ajenas a todo esto.

—Oh… Sí, es posible. Es posible… —Se encogió de hombros y miró al que gobernaba el yate—. Eh, Markos: ¿cuánto calculas que

tardaremos aún?

—Menos de una hora.

—Entonces, dormiré un poco. ¿Vigilas tú, Coluccio? Richard y yo no hemos dormido esta noche.

—Yo me encargo. Dormid si queréis —dijo el que había dado el puntapié a Saintjohn.

—Despiértanos cuando estemos llegando.

* * *

—Hey… Arriba… Ya llegamos.

Paul y Richard abrieron los ojos y se sentaron rápidamente en cubierta. Richard refunfuñó algo, pero se puso en pie, mirando hacia la proa del yate. Los demás, a excepción de Saintjohn, que continuaba tirado en cubierta, siempre bien atado, ya estaban mirando hacia la costa. Una costa rocosa, seca, hostil. No parecía que por allí hubiera ninguna playa. Moise Maubert, su hija, Salvator y Dominique, miraban con los ojos muy abiertos, entre asustados y curiosos. Para ellos iba a ser una gran experiencia conocer al jefe supremo, según parecía. Lo que también parecía era que no les hacía demasiada gracia esa perspectiva.

Por fin, el yate se detuvo, y Coluccio lanzó una escala de madera pintada de blanco inmaculado, hacia la costa. Cuando entre Paul y Richard desembarcaron a Harry Saintjohn por aquella escalerilla, el G-man vio la diminuta cala, con la aún más diminuta playa de gruesas piedras y escasa arena. Los demás habían desembarcado ya, y subían por la roca viva, colocando cuidadosamente los pies en unos escalones conseguidos a golpe de pico. Había unos cuantos pinos casi tocando el agua y bajo ellos, cuatro hombres, todos vestidos de blanco, impecables con sus jerséis y sus zapatillas deportivas, esperaban pacientemente.

Fueron los últimos en subir por los escalones de piedra viva, detrás de los jadeantes Richard y Paul, que se resistían a dejar libres tan siquiera fuese las piernas de Saintjohn. Tenían mal recuerdo de su pelea con el G-man.

Abajo, en el yate, quedaron Markos y Coluccio.

Cuando llegaron arriba, el

G-man
vio muchos más pinos, y flores, y una hermosa y gran villa blanca al fondo. Pero no lo llevaron hacia allí, sino que lo metieron en un cobertizo del cual salía una larga, ancha y sólida plancha de tablones engrasados que iba a parar al mar. Dentro del cobertizo se veían algunos patines, equipos de pesca submarina, velas, cestos, arpones, remos… Seguramente, desde allí lanzaban los patines al mar, y luego los subían con la gran polea, cuya cuerda sostenía un grueso gancho de hierro en el extremo libre. Lo tiraron al suelo de cualquier manera, cerraron la puerta de agrietada madera y eso fue todo.

Durante cinco o seis minutos, el
G-man
no se movió. Estaba mucho más dolorido de lo que había aparentado, desde luego. Una vez se hubo acostumbrado a la penumbra del cobertizo, se arrastró hacia la puerta, sorteando las cajas viejas, algunos remos, un patín casi podrido… Lo que no fue nada fácil, estando atado de pies y manos. Por fin, quedó jadeante y sudoroso junto a la puerta, tendido de modo que podía mirar hacia la casa por una de las grietas. Pero, realmente, aquello no le servía de nada. Veía la casa, y eso era todo… Ah, y un trampolín que, por supuesto, debía ser de una piscina. La villa era estupenda, de dos plantas, con muchas flores por la fachada, y tejado rojo…

—Aquí, Cabeza de Turco… —sonrió dolorosamente—. Que me maten si sé exactamente dónde estoy. Pero, si mis cálculos geográficos no fallan, debo estar cerca de Bastia, en el nordeste de la isla de Córcega. Hay una pequeña cala rocosa, con una playa de guijarros grandes… Unos escalones cavados a pico en la roca suben hasta la planicie siguiente, llena de pinos. Una villa estupenda, blanca y roja, con flores y con piscina… Un yate en la cala. Su nombre es Le Seine. No muy grande, muy blanco, muy bonito… Velocidad máxima, veinticinco nudos. Cerca de la casa, a unos… cuatrocientos pies, hay un cobertizo de madera, techo también de madera… Dentro estoy yo, atado de pies y manos, como un corderito. De momento, conozco los nombres de: Moise Maubert, Amélie Maubert, su hija; Salvator Bonnac, claro, y una chica rubia y estupenda que es la que me metió en el cepo, que se llama Dominique Beutom. Hay dos tipos llamados Paul y Richard,

matones de oficio. Y los tres tripulantes del yate Le Seine, de los cuales sólo conozco los nombres, igual que de los dos anteriores. Los nombres son: Coluccio, Markos y Guido. Guido y Coluccio son italianos… Markos debe ser griego. Por el camino… Es decir, por el mar, Guido ha derribado un helicóptero blanco y rojo. Lo ha desintegrado. No sé quiénes iban en él. Tampoco creo que lo sepan ellos, pero, por si acaso, lo han derribado, como si nada. Estoy molido a palos, prisionero e indefenso. Es todo. Aquí, Cabeza de Turco. Voy a ver si me dejan dormir. Fin. Oh, claro, me olvidaba: parece que aquí tenemos al jefe supremo de la organización. ¿Okay?

CAPÍTULO VII

Desde luego, no durmió mucho. Apenas una hora más tarde, fue despertado por la intensa luz que penetró en el cobertizo al ser abierta la puerta. Todavía estaba refunfuñando, cuando le fueron cortadas las cuerdas que sujetaban sus pies. El mismo tipo que las había cortado, uno de aquéllos tan inmaculadamente vestidos de blanco, le ayudó a ponerse en pie y le acompañó hasta la puerta. Fuera, el sol era tan cegador que el G-man tuvo que cerrar los ojos.

—Camine —oyó, en italiano.

Dio unos cuantos pasos, muy torpes, no supo hacia dónde. Pero fue colocado de frente a su objetivo, sus ojos volvieron a acostumbrarse al resplandor del sol, y la circulación de la sangre por sus tobillos fue mejorando rápidamente.

Iban hacia la villa.

Caminaron bajo la fresca sombra de los pinos, directos hacia la casa. No se veía a nadie, pero se oía el piar de muchos pajarillos entre los pinos. Atrás quedaba el mar, de un azul rabioso, resplandeciente. Su rumor llegaba allá como un musical acompañamiento a los trinos de los pájaros. El tiempo, el sol, la vida misma, parecían haberse detenido en aquel silencio, en aquella calma soleada. Calculó que debía ser el mediodía, por la altura del sol.

Fue guiado por señas hacia la piscina, cuyas aguas parecían azules. De un azul completo, como teñidas. Allí estaba el trampolín y tres grandes sombrillas parasoles, casi juntas. Debajo de ellas había mesitas de aluminio y cristal, sobre la terraza de rojas y grandes losas. Había sillones de mimbre, y en uno de ellos, un tipo

interesante.

Muy gordo, completamente calvo, muy tostado por el sol. Llevaba un blanquísimo albornoz, y un ojo de cristal, que relucía de un modo casi divertido. Se le notaban mucho las venas de la cabeza, y tenía las manos rechonchas, de dedos cortos y fuertes. Parecía un hipopótamo muy evolucionado hacia el estado del hombre. Lo mismo el ojo de cristal que el auténtico eran diminutos, y el ojo de verdad parecía expresar con su intenso brillo el regocijo de una situación divertida. Un tipo notable, sí, señor.

—Siéntese, señor Saintjohn —invitó, en italiano.

—Gracias.

Harry se sentó, mirando con incontenible curiosidad al hipopótamo evolucionando. Éste sonrió cortésmente al ver la dificultad que implicaba para el

G-man

tener las manos atadas a la espalda, y alzó una de sus manotas gordinflonas.

—Soltadlo —ordenó.

En el acto, uno de sus esbirros silenciosos cortó las cuerdas que sujetaban las manos del federal. Luego, igual que el otro, se retiró unos pasos, pero quedó muy atento, lista la gran pistola «*Parabellum*» del nueve.

Saintjohn se frotó las muñecas, mirando al gordo.

—Es usted muy amable, señor…

—Massimo Pontano.

—Italiano, claro.

—Sí, sí, desde luego. ¿Le apetece beber algo, quizá?

—Bueno… La verdad es que preferiría «comer» algo.

—Ah, sí… Eso vendrá después, por ahora, si no le molesta, me gustaría que me acompañara a beber algo fresco. Es más fácil conversar ante una bebida que ante una comida… ¿No está de acuerdo?

—Sin duda. La comida llena demasiado la boca. Tomaré lo mismo que usted…, pero con más hielo.

—Entonces, martini con mucho hielo para usted y con poco hielo para mí, señor Saintjohn —apretó un timbre de una mesita—. Mi primera pregunta quizá va a parecerle un poco tonta, pero a mí me gusta caminar sobre seguro. Detesto los fallos, señor Saintjohn.

Diga me, ¿es usted, realmente, un agente del FBI americano?

—Temo que no podría negar eso, señor Pontano.

—Muy bien. Yo, señor Saintjohn, tengo la esperanza de que usted va a ayudarme.

—¿Ayudarle? ¿Yo a usted?

—En efecto. Verá… La situación está de este modo: durante más de dos años, desde que me instalé aquí, he ido perfeccionando día a día mi organización, de tal modo que llegué a creerla invulnerable. Es evidente que cuidé muy bien los detalles de… aislamiento, de tal modo que si caía uno de mis jefes continentales o de Estados Unidos, sólo se perdía esa… pieza de mi maquinaria. ¿Usted me comprende?

—Desde luego.

—Magnífico. Sin embargo, tal como están ahora las cosas, parece que algo está funcionando mal. Primero, en Marsella, hace tres meses, tuvimos un serio contratiempo con la Interpol, que nos arruinó el negocio en esa ciudad…, por el momento, claro. Pero he aquí que hace pocos días, mi grupo de Nueva York, que es el centro distribuidor para su país, es aniquilado. Ya son dos. Por si esto fuera poco, recibo la mala noticia de que mi hombre en París, Pascal Bocherie, ha sido delatado por los hombres de Nueva York. Esto indica claramente que siempre se puede producir una grieta por la que, más o menos lentamente, se fuese filtrando información para el FBI, a la Interpol, o las respectivas policías de los países donde tengo distribuidores… ¿Está usted de acuerdo?

—Por completo.

—Ah…, ah… Bueno, esto me está dando mucho que pensar. Es innegable que si unos se van delatando a otros, podría llegar el momento en que, no sé cómo, fuese yo mismo el delatado. Insisto en que he tomado todas las precauciones para que eso no pueda ocurrir, señor Saintjohn. Pero me precio de ser un hombre inteligente y, pensando, pensando, he llegado a la conclusión de que quizá yo no estoy tan seguro como creo. ¿Quién me asegura que alguno de mis jefes de grupo no se ha interesado por mí más de lo que nos convine a él y a mí mismo, y sabe quién soy y dónde estoy?

—Bueno… —sonrió Harry—. No seré yo quien asegure semejante cosa, señor Pontano. En esta vida, todo es posible.

—Ciertamente. Por lo tanto… ¡Coluccio!

Harry volvió la cabeza y vio a Markos y Coluccio caminando por el otro lado de la piscina, hacia la casa. Se acercaron prestamente, y quedaron inmóviles delante de Massimo Pontano, que tenía fruncido el ceño.

—Entrad en la casa y decidle al maldito de Diodoro que he tocado el timbre, que quiero martini con hielo. Con mucho hielo.

—Sí, señor Pontano.

—Bien. Un momento… ¿A qué os dedicáis ahora vosotros dos?

—Hoy le tocaba descanso a Guido en la limpieza del yate; la hemos hecho nosotros, y vamos a ducharnos y a comer un poco en la casa. Se está más fresco.

—Está bien. Decidle a Diodoro lo del martini.

—Sí, señor.

Se alejaron los dos, completamente indiferentes a la presencia del G-man y al hecho de que sus manos estuvieran libres. Massimo Pontano frunció el ceño de nuevo, ahora reflexionando.

—Ah, sí… Perdone la interrupción, señor Saintjohn… Como iba diciendo, yo he llegado, por tanto, a la definitiva conclusión de que mi organización no es tan perfecta como yo creía. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí. Pero no debe afligirse demasiado por eso, señor Pontano.

—¿Usted cree? Supongo que está tratando de decirme algo, pero aún no capto su idea…

—Quiero decir que todas las organizaciones tienen siempre un fallo u otro. Tomemos, por ejemplo, mi caso. El caso del FBI, mejor dicho. Espero que admita que es la organización policial más potente del mundo.

—Aproximadamente… —sonrió Pontano—. ¿Y…?

—Pues que también tiene sus fallos. De lo contrario, yo no estaría aquí ahora.

—Cierto… Debieron enviar más hombres con usted… ¿De veras no lo hicieron, señor Saintjohn?

Pareció que incluso el ojo de cristal de Massimo Pontano fuese capaz de adivinar la verdad o la mentira en la respuesta del G-man.

—De veras.

—¿Y el helicóptero que Guido derribó? ¿No iban en él algunos compañeros de usted?

—Puede estar seguro de que no.

—Bien… Yo creo que me está diciendo la verdad. De todos modos, me resulta difícil creer que todo un FBI cometa la tontería de enviar a un solo hombre para un caso como éste.

—Se suponía que no tendría dificultades en seguir a Salvator Bonnac. Y que mis compañeros que habían pasado por Marsella, recogerían hoy mi informe sobre los contactos de Bonnac, de modo que podríamos empezar nuestra… actuación.

—Sí, ya sé… Maubert me lo contó y, realmente, su explicación, señor Saintjohn, es bastante razonable. Un fallo, en suma.

—Todos los tenemos. Y si los tiene el FBI…, ¿por qué no ha de tenerlos usted?

—¡Exactamente! Pero a mí me gustaría no tenerlos, señor Saintjohn. Es evidente, entonces, que mi organización precisa de ciertas… reformas de control y seguridad.

—Muy evidente.

—Y, por eso, he pensado en usted para que me ayude.

Harry Saintjohn sonrió secamente, pero con expresión divertida al mismo tiempo.

—¿Está ofreciéndome un soborno, señor Pontano?

—No, exactamente. Dígame, ¿es cierto que los agentes especiales del FBI que son destinados a la Sección Estupefacientes reciben una preparación especial?

—Especial… ¿en qué?

—Oh, en cuanto a drogas se refiere: sus derivados, sus mercados, sus sistemas de venta, su elaboración…

—Sí, es cierto. En general, es cierto.

—Entonces, digamos que usted es un… experto en estas cuestiones.

—Lo admito.

—¿Internacionalmente? Quiero decir, ¿está preparado para actuar en cualquier parte del mundo?

—Sí.

—¡Magnífico! Entonces… —Se quedó mirando al hombre que llegaba precipitadamente con una bandeja con martinis, vasos, hielo

—. ¿Qué estabas haciendo, Diodoro? ¿Acaso el timbre…?

Diodoro dejó la bandeja y se inclinó hacia una de las grasientas y bronceadas orejas de Massimo Pontano. Estuvo cuchicheando unos segundos. Luego se enderezó y quedó a la espera. Pontano miraba al G-man fijamente. Desde luego, la noticia no parecía buena, pero eso no alteraba al muy calvo personaje.

—Malas noticias, supongo —sonrió Harry.

—En cierto modo. Tuve la precaución de llamar a Pascal Bocherie a París, dándole ciertas órdenes para que escapase. Por tanto, no lo han atrapado los de la Interpol, que han estado en su domicilio como lobos hambrientos.

—Ah… La Interpol suele trabajar bien —sonrió de nuevo Harry.

—Casi siempre. Sólo que en esta ocasión, señor Saintjohn, está bien claro que la Interpol ha recibido informes y seguramente incluso colaboración especial por parte del FBI.

—Es posible. Creo que algunos muchachos vinieron de Estados Unidos para empezar la redada por París. Por tanto, no me extraña esta alianza Interpol-FBI.

—Una alianza muy peligrosa si las redadas se extienden por el resto de Europa.

—Amén —sonrió otra vez Saintjohn.

Massimo Pontano estuvo pensativo un par de minutos, en el muy sosegado silencio del lugar. Harry se sirvió una pulgada de martini, un buen chorro de soda y tres *rocks*, tranquilamente, como si fuese el invitado de honor. Alzó el vaso en dirección a Pontano, bebió un sorbito y chascó la lengua con gran placer.

—Supongo que está temiendo por sus hombres de Berlín, La Haya, Londres, Roma… En fin, donde los tenga.

—En efecto, señor Saintjohn. Es una lástima que usted no sepa qué nombres pudieron mencionar los detenidos en Nueva York.

—Bueno… Quizá si usted me dijera alguno de esos nombres yo podría… hacer un esfuerzo de memoria, señor Pontano.

Una expresión astuta brilló en el ojo auténtico del gordo y calvo individuo. Se puso en pie, sonriendo irónicamente al fin.

—Tendrá que perdonarme unos minutos, señor Saintjohn… Siga bebiendo su martini.

—Y de comer…, ¿cuándo?

—Luego. Vamos, Diodoro.

En efecto, parecía un hipopótamo poco evolucionado. Tenía un trasero enorme, las nalgas le bailaban que daba pena verlas. Todo el albornoz parecía sacudido por un viento interior a cada estremecimiento de las abundantísimas carnes…

El G-man dejó pronto de interesarse por Massimo Pontano y miró a uno de sus silenciosos y atentísimos vigilantes.

—¿Hay inconveniente en que me tumbe al sol? —preguntó.

CAPÍTULO VIII

Estaba estupendamente reconfortado por los rayos del sol, tumbado cara al cielo, cuando notó la suave vibración bajo él. Abrió los ojos, se sentó y vio llegar a Massimo Pontano, a cuyos pasos las losas se estremecían alrededor de toda la piscina. El gordísimo se dejó caer en uno de los sillones y se sirvió tres pulgadas de martini con un solo *rock*, mientras Harry, de mala gana, dejaba de tomar el sol para ocupar su asiento.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Se interesa por mis asuntos?

—Espero que lo comprenda.

—Desde luego. Bueno, sólo le diré que lo mismo la Interpol que el FBI sólo van a encontrar, de aquí en adelante, tierra quemada.

—¿Ha retirado a sus hombres de Europa? ¿Los ha llamado por la radio a fin de que escapen?

—Es usted inteligente, señor Saintjohn. Quizá me considere un poco precipitado, pero yo soy de los que piensan que más vale prevenir que curar. Quizá el FBI o la Interpol ya no conozcan a nadie más de mi organización, pero por si acaso…

—¿De modo que ha retirado a todos sus hombres? —susurró Harry Saintjohn—. Entonces… hasta es posible que hoy tengamos muchos invitados en la villa, ¿no es cierto?

—Magnífico… —susurró Pontano—. Magnífico, señor Saintjohn. Me está usted convenciendo de que es el hombre que puede ayudarme.

—Podría, sin duda.

—Pero ¿no quiere?

—Temo que no, señor Pontano.

—¿Ni siquiera le interesa saber qué ayuda le pido y cuál sería la

recompensa?

—No pierdo nada escuchándole. ¿Qué ayuda precisa?

—¿No quiere saber primero cuál sería su recompensa?

—Mi vida, supongo —sonrió sarcásticamente el federal.

—Su muerte, señor Saintjohn.

El G-man quedó un par de segundos atónito.

—¿Mi… muerte?

—Una muerte dulce, instantánea. Usted sabe que hay varios modos de morir, ¿no es cierto? El mejor modo, ¡qué duda cabe!, es aquél en que uno no se entera de que da tan importante paso, el de la vida a la muerte. Así morirá usted si colabora.

—¿Y si no colaboro…?

—Bueno… Me parece que en primer lugar le dejaría ciego, señor Saintjohn. Luego, durante un tiempo, estaría inyectándole morfina, le obligaría a fumar opio, a tomar cocaína… Durante ese tiempo le habría cortado las piernas. Y cuando usted, ya ciego, claro, tuviese los muñones de sus piernas bien cicatrizados, y fuese un vicioso de varias drogas sin remisión…, le dejaría en libertad, posiblemente en el centro de la ciudad de Nueva York.

—Oh, vamos… —sonrió Harry, lívido—. No sea truculento, señor Pontano.

—¿Lo considera una broma?

—Muy pesada, eso sí.

Massimo Pontano sonrió. Acabó su martini de un trago, se puso en pie y señaló hacia la casa.

—Venga conmigo, señor Saintjohn. Está invitado a almorzar… Pero antes quiero mostrarle algunas cosas, y ponerle al corriente de lo que espero de usted…, por si le interesa el trato. Venga, por favor.

Comenzó a caminar hacia la casa. Saintjohn se colocó a su lado y pareció divertido por el hecho de que la calva cabezota le llegase por el hombro. Con gran bailoteo de nalgas, Pontano entró en la casa y señaló hacia el fondo. Cruzaron un espacioso salón, un pasillo, la cocina… Salieron a un pequeño patio con valla de ladrillos, donde había una puerta en la boca del principio de un subterráneo, inclinada unos cuarenta grados.

—Es la bodega… —dijo Pontano—. Abra, por favor.

El G-man tiró del pomo y la puerta se abrió. Miró al hipopótamo evolucionado, que señalaba hacia abajo, de modo que fue el primero en descender los peldaños de piedra. Detrás de él, siempre tranquilo, Pontano, con sus dos hombres vigilantes en todo momento. En efecto, se encontraron en una bodega, llena de estantes con botellas, barricas, toneles, cajas… A una seña de Pontano, uno de sus hombres fue hacia un gran tonel, apretó en determinado punto y se apartó. La parte delantera del tonel se abrió hacia afuera, como una puerta. Un solo vistazo le bastó a Harry para comprender que la solidez de aquella puerta podría resistir incluso un cañonazo corriente, gracias a su espesa chapa de acero. En cuanto al escondrijo, o sea, aquel tonel que se abría, tampoco debía ser fácil descubrirlo…

Dentro destacaba en primer lugar la blancura de las paredes y el techo, que reflejaban el sol artificial de una lámpara potentísima. El resto parecía un laboratorio de poca monta, en el cual estaban trabajando tres hombres con batas blancas. Los tres miraron hacia los visitantes, pero con escasísimo interés, y continuaron en su trabajo…

El G-man fue hacia el gran mostrador de cristal y probó el polvo blanco que se veía amontonado en un lado. Cocaína, naturalmente. También había opio, morfina y su más terrible derivado, heroína… El laboratorio era amplio, tenía ventilación más que suficiente por renovación de aire, y sol, aunque fuese artificial. Todo limpio, ordenado, confortable…

—Magnífico laboratorio, señor Pontano.

—Muy amable. Supongo que no necesita demasiadas explicaciones al respecto.

—Ninguna. Se comprende fácilmente que usted recibe los estupefacientes en bruto, a buenos precios, y sus empleados laboratoristas lo elaboran al estado conveniente, para venderlo con un margen de beneficio considerable directamente al consumidor, por medio de su «tren de drogas» en Europa, norte de África y

Estados Unidos. Es de suponer que su sistema para pasar todos estos venenos a los diversos países es bueno y eficaz. Le felicito… desde el punto de vista profesional.

—Entiendo. Usted ha resumido muy bien mis actividades… Es cierto, recibo el producto en bruto, aquí lo elaboramos, y sale ya listo para ser consumido.

—¿Cómo le llegan los envíos a la isla? ¿Por paracaídas, con helicóptero, por mar…?

—Generalmente, por mar, directos desde Turquía. Allá se efectúa la recogida general de las mercancías, provenientes de India, Laos, China… y las de la propia Turquía, naturalmente. Y una vez por semana me las envían. Precisamente, hoy espero una carga. ¿Quiere usted examinar el laboratorio, señor Saintjohn?

—¿Para qué? Es evidente que sus empleados son eficientes en su trabajo. No creo que yo pueda enseñarles nada.

—Entonces, ¿le parece bien esta parte de mi organización?

—Muy bien. ¿De qué puerto o lugar de Turquía salen los envíos hacia aquí?

—Eso no interesa. A usted no le interesa, quiero decir. También ese sistema lo considero seguro y bien ideado. No creo que procedan rectificaciones en él. Y ahora, señor Saintjohn, vamos a llegar al punto interesante de nuestro trato: el «tren de drogas», como usted lo llama, falla en su distribución. ¿Se le ocurre algún medio de mejorar eso? ¿Qué me aconseja que haga para que no existan fallos como los de Marsella, Nueva York, Niza…? ¿Cómo reorganizaría usted de nuevo toda mi organización? Tiene que saberlo, claro. Un agente del FBI es la persona más indicada para prevenirnos de otros agentes del FBI, de sus sistemas de localización, etcétera… ¿Cómo reorganizaría usted mi negocio, señor Saintjohn?

—¿Eso es lo que espera de mí a cambio de matarme… dulcemente?

—Sí.

—Bien… ¿Puedo pensarlo?

—¿Pensarlo? ¿Acaso está calculando la posibilidad de negarse a… asesorarme?

—Es posible que sea eso, señor Pontano. Y también es posible que haya querido decir que esa reorganización requiere tiempo para

ser pensada, estudiada, sopesada…

—Ah, ah, entiendo… Sí, entiendo. Oh, por supuesto, comprendo que no es cosa que se pueda solucionar en unos segundos. Posiblemente, necesite incluso varios días. No importa. No hay prisa. Además, usted tiene derecho a prolongar su vida mientras sea posible, ¿no?

Se quedó mirando sonriente al G-man, que también sonrió.

—A todos nos gusta vivir, señor Pontano.

—¡Naturalmente! Le concederé una semana, señor Saintjohn… ¿Suficiente?

—Espero que sí.

—Magnífico. Creo que se ha ganado un buen almuerzo. Espero que no le importe compartirlo con el resto de mis invitados. Seguramente nos divertiremos todos.

CAPÍTULO IX

No se divirtió nadie durante el almuerzo, a pesar del buen humor del G-man y de la condescendiente sonrisa de Massimo Pontano, que parecía muy seguro de sí mismo, de su situación, de sus recursos.

Los dos vigilantes inmaculadamente vestidos de blanco estuvieron de pie todo el tiempo, sin perder de vista a Saintjohn, sobre todo cuando éste tomaba el cuchillo para cortar la carne o el pescado… Pero el G-man parecía encontrarse a gusto allí, en el bonito comedor con vistas al mar alejado de la costa. Veía gaviotas, flores, pinos… ¿Qué más podía pedir?

Y por si esto fuera poco, la comida era excelente, los vinos sensacionales… y se había sentado junto a Dominique Beutom, que estaba pálida, deprimida.

—Lagarto, lagarto —había dicho Harry al sentarse a su lado.

Ella le había mirado, fijamente, de un modo extraño que desconcertó un instante al federal. Lástima de chica… Con aquellos ojos tan hermosos e inteligentes, aquella boquita tan dulce… Oh, sí, era muy dulce, él lo sabía bien. A decir verdad, no podía olvidar los besos de la noche anterior, cenando, bailando, paseando por Niza… Era una pena que todo hubiera terminado así…

—Parece que la dulce Dominique está desganada… —Había acabado por comentar Harry.

—No es apetito lo que tiene —había reído Amélie.

Pontano había clavado duramente su único ojo auténtico en la muchacha.

—Los síntomas no son de aptito, desde luego. Supongo que está enterada de mi desagrado sobre su… actitud, Dominique. No quiero viciosos entre mi personal.

—No, no… —musitó ella—. No quiero nada, de verdad.

—Se inyectó ayer… —dijo Amélie—. Todavía se le puede ver el pinchazo. Y fue una buena dosis, desde luego. Seguramente, tiene suficiente para varios días.

—Error… —dijo Saintjohn—. Error, Amélie. Precisamente, cuanto más se inyecta uno, más va necesitando progresivamente. ¿No es así, señor Pontano?

—Todos sabemos que sí. Por eso…

Se calló de pronto. Se puso en pie, salió a la terraza y miró hacia el cielo. Todos sabían ya que estaba llegando un helicóptero. Su característico rumor se iba acercando, oyendo cada vez más claramente.

—Parece que llegan más invitados, señor Pontano.

Éste volvió al centro del comedor, asintiendo con la cabeza.

—En efecto. Son los primeros. Espero que antes del anochecer habrán llegado todos los de Europa y los del norte de África… Unos veinte, señor Saintjohn. Buena presa para el FBI, ¿no es cierto?

—Un magnífico bocado, lo admito —sonrió Harry.

—Pero no lo tendrán. ¿Ha terminado su almuerzo?

—Sí. Pero ahora quisiera café.

—En otro momento. Deberá volver a su alojamiento particular, por ahora. Y dedíquese a pensar, ya sabe… —Miró a los dos vigilantes—. Aldo, Eneas; llevadlo al cobertizo, atadlo de nuevo y que uno de vosotros se quede allí vigilando. Aunque magullado y un poco estropeado el rostro, me parece que el señor Saintjohn todavía podría darnos un serio disgusto. ¿O no, señor Saintjohn?

—Pues no sé… Quizá lo intente, señor Pontano.

—Lleváoslo.

Harry cogió una enorme manzana, se puso en pie y se dirigió hacia la salida por la terraza, mordiendo la manzana y seguido por los dos atentos vigilantes, siempre pistola en mano. Cuando salió al jardín rodeado de bosquecillo de pinos, el helicóptero estaba ya descendiendo sobre un pequeño claro cercano a la piscina. Por fin, cuando se hubo posado en tierra, tres hombres saltaron del aparato… El

G-man
se detuvo y miró hacia la casa, de la cual salían Coluccio y Markos, en dirección al helicóptero. Pontano estaba esperando en la terraza.

—Camine…

Le empujaron con una pistola y optó por seguir hacia el cobertizo casi al borde del acantilado donde estaban excavados los escalones en la roca viva.

—Están llegando —dijo—. Según Massimo Pontano, son unos veinte hombres. De momento hay tres en la villa, que acaban de llegar en helicóptero. Antes del anochecer llegarán los demás.

—¿Qué le pasa? —Gruñó Eneas—. ¿Está loco? Calle y camine.

—Me gusta hablar solo… —sonrió secamente Harry—. ¿Hay algún mal en ello, Eneas?

—Cállese de una vez.

El mar se veía de un azul intenso, sobrevolado por algunas gaviotas. El sol resplandecía furiosamente, y al mismo tiempo, un suave airecillo marino se filtraba por entre las copas espesas de los pinos… Hermoso lugar para unas tranquilas vacaciones.

Fue introducido en el cobertizo, y antes de que pudiera tan siquiera sospecharlo, le ayudaron a dormir la siesta…

¡Clock!

CAPÍTULO X

Lo primero que notó al abrir los ojos en un lento despertar, fue el dolor de cabeza, demasiado maltrecha ya. Verdaderamente, no podía ser más exacta la definición de su cometido en aquel asunto: cabeza de turco, Al menos, todos los golpes iban a parar a ella.

Tardó todavía unos segundos en darse cuenta de que estaba oyendo el zumbido inconfundible de un helicóptero. No era el mismo de antes. Se acercó arrastrándose hacia la rendija de la puerta del cobertizo, refunfuñando por la solidez con que le habían atado nuevamente de pies y manos. Pudo ver un instante el helicóptero, descendiendo, pero sólo un instante; apenas tres minutos más tarde, el helicóptero volvía a ascender. Lo vio pasar, fugazmente, hacia arriba... Poco a poco, el rumor fue perdiéndose...

Se sentó, sacudió la cabeza y dijo:

—Han llegado más jefes de grupo, también en helicóptero. Me golpearon después de comer y de nuevo estoy atado de pies y manos en el cobertizo. Ignoro cuántos han llegado ya, pero creo que vale la pena esperar al anochecer. A ver si al menos tengo tiempo de soltarme y largarme de aquí antes de que esto se ponga feo. Aquí, Cabeza de Turco. Es todo por ahora.

Suspiró y miró a su alrededor; afortunadamente, había en el cobertizo tantas grietas que podía ver muy bien todo cuanto le rodeada, gracias a los rayitos de sol que entraban.

Finalmente se señaló a sí mismo el objetivo: uno de los patines, cuyo flotador derecho aparecía astillado en la punta. Se arrastró hacia allí, jadeando, doliéndole todo el cuerpo, hasta que sus ojos estuvieron a pocas pulgadas de aquella punta astillada. Ciertamente, había cosas más útiles para sus intenciones allí dentro,

pero ninguna reunía las condiciones de peso del patín, que soportaría sin moverse los tirones.

—Manos a la obra —masculló—. Es decir; pies a la obra.

Se tendió de espaldas, aplastando las manos bajo su cuerpo, y alzó los atados pies hasta el extremo astillado del viejo y casi podrido patín. En el acto comprendió que las dificultades iban a ser aún mayores de las que había calculado, pero no tenía opción. Colocó los pies sobre el patín, de modo que las cuerdas que los ataban quedaron sobre la astillada punta. Dio un tirón… Nada.

Cinco minutos más tarde todavía no había conseguido aflojar ni un solo nudo, y sudaba copiosamente. Le dolía la cabeza y todo el cuerpo. Sobre todo los músculos abdominales, no sólo por el esfuerzo producido al mantener alzadas las piernas una vez tras otra, sino por los salvajes golpes que recibiera la madrugada anterior en Niza.

«Muchacho —pensó luego, mientras descansaba unos minutos—. Me parece que te van a cortar la cabeza… aunque sea de turco».

Pero continuó insistiendo en su intento. Tenía tiempo. Lo menos faltaban cinco horas para el anochecer, que, a fin de cuentas, era cuando podría intentar la huida de aquel lugar.

Tenía tiempo…

CAPÍTULO XI

Hacía apenas cinco minutos que había anochecido cuando oyó voces fuera del cobertizo, junto a la puerta. La voz de un hombre… y la de una mujer, sí. La de Dominique. ¿O no?

Pronto salió de dudas.

La puerta fue abierta justo cuando acababa de tumbarse de lado, de modo que sus pies quedaron ocultos por el patín. Las rayas de luz que había visto por las grietas se convirtieron en una gran linterna de pilas, que Eneas llevaba en una mano. Detrás de él entró Dominique, portando una bandeja. Eneas dejó la linterna sobre la proa de una vieja barca colocada cerca de la cerrada trampa de salida al mar por el desfiladero de tablas engrasadas; se apartó, mirando con el ceño fruncido al G-man, que parecía no poder resistir la luz.

—Désela —dijo.

Dominique dejó la bandeja y tendió la mano hacia Eneas.

—Desátelo. Yo vigilaré mientras tanto. Desátele sólo las manos… El jefe lo quiere vivo, de modo que le daremos la cena, pero sin riesgos para nosotros.

—Es mejor que lo desate usted —gruñó Eneas.

—No, no… Me parece que no le resulto simpática, y podría intentar algo… ¿Está solo vigilándolo?

—Aquí, sí. Pero hay dos más que vigilan la cala.

—Bueno… No me fío de él, eso es todo. Si intenta algo, usted podrá sujetarlo mejor que yo… Y yo sé disparar tan bien como usted. Vamos, deme la pistola de una vez.

Eneas volvió a vacilar, pero tendió la pistola a la muchacha. Le volvió la espalda, acercándose al sosegado prisionero, que había

entornado los ojos…, y no porque la luz le produjese molestias ahora. Su mirada estaba fija en Dominique Beutom.

Y, en efecto, tal como la idea había brotado como un relámpago en la mente del G-man, sucedió la cosa. Eneas se acercó a él, comenzó a inclinarse… y por la espalda Dominique le golpeó en la cabeza con la pistola fuertemente. Harry Saintjohn vio caer de rodillas a Eneas ante él, con los ojos en blanco… Y vio su cabeza estremecerse de nuevo al recibir otro golpe, cuando ya caía de bruces.

Inmediatamente, Dominique dejó la pistola y se arrodilló junto al federal.

—Vuélvase. Le desataré las…

Las manos del G-man aparecieron libres ante el rostro de la muchacha, que abrió la boca asombrada. Todavía la tenía abierta cuando Harry Saintjohn la estaba besando fuertemente, profundamente…, pero con brevedad.

La apartó, la miró a los ojos y guiñó uno de los suyos.

—Has hecho algo bueno, por fin, Dominique. Nunca es tarde.

—Yo… Usted ha podido…

Harry la apartó y se puso en pie; evidentemente, había sabido aprovechar el tiempo de que había dispuesto para sus intentos de soltarse.

—¿Ya no me tuteas? —sonrió el G-man.

Cogió la pistola, caminó hacia la puerta y se asomó cautelosamente por un lado. Vio la casa, al fondo, muy iluminada, y eso fue todo. Sabía que habían llegado más helicópteros y una embarcación rápida. Seguramente todos los jefes de la organización de Massimo Pontano estaban ya en la villa.

Por simple costumbre, sacó el cargador de la «*Parabellum*» y le echó un vistazo. Miró a Dominique sonriente. Pero una sonrisa que ya no parecía de tonto o de simpático.

—¿Por qué lo has hecho, Dominique? —musitó.

—Tenemos que marcharnos de aquí en seguida, Harry… Hay dos hombres vigilando la cala, ya lo has oído, Pero podemos bajar por el acantilado hasta el yate. No hay nadie allí ahora…

—Calma, calma, preciosa mía… No hay nada peor que la prisa. Cuando salga de este cobertizo, quiero estar seguro de que nadie va a llenarme el cuerpo de balas…

—¿Desconfías de mí?

—No digas tonterías. Si Pontano hubiera querido matarme no hacían falta estratagemas. Un tiro en los sesos y listo. ¿De quién ha sido la idea de ayudarme? ¿Tuya?

—Sí.

—Dijiste que venías a traerme algo de comer, supongo.

—Sí.

—Bien… ¿Por qué has querido ayudarme?

—Soy de la Interpol.

La bocaza de Harry Saintjohn se abrió en toda su capacidad. Es decir, que parecía que iba a tragarse a la muchacha que había hecho tan asombrosa revelación.

—No me digas —masculló al fin.

—Oh, Harry, tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente… Hay que llegar a la lancha…

—Al yate, querrás decir.

—¡Está bien, el yate! Hay que llegar cuanto antes, para llamar por la radio que tienen a bordo a la Interpol en Niza…

—¿Acaso ellos no estaban en contacto contigo, para saber en todo momento qué era de tu vida? Me extraña, porque en mi caso… Oh, oh… Lo siento, Dominique.

La muchacha se apretaba nerviosamente las manos.

—Ya lo has comprendido… Sí; en el helicóptero que derribaron iban dos compañeros míos, que estaban pendientes de mí en todo momento. Nos siguieron, querían saber adónde íbamos… ¡Y los mataron!

—Lo lamento —musitó el G-man—. Sé lo que se siente cuando matan a un compañero, Dominique. De acuerdo, iremos al…

Alzó la pistola hacia la puerta velozmente. Sus ojos se entornaron y su boca se cerró en un duro gesto muy diferente también a la sonriente mueca de narrador de chistes y chirigotas.

Quien apareció en la puerta, de pronto, era Amélie Maubert, hablando irónicamente:

—La enamorada Dominique ha traído cena a su…

Tardó todavía un par de segundos en darse cuenta de la verdadera situación en el cobertizo. Vio a Saintjohn de pie, con la pistola en la mano, a Dominique a su lado, sujetándose a su brazo izquierdo, a Eneas tendido en el suelo…

—Pasa, Amélie —sonrió secamente Harry.

La reacción de Amélie fue imprudente, y tan inesperada que el G-man no supo reaccionar. Dio media vuelta y se precipitó fuera del cobertizo, gritando agudamente, dando la voz de alarma… Si hubiera sido un hombre, ni siquiera habría tenido tiempo de abrir la boca. Pero Harry Saintjohn no supo disparar contra la espalda femenina, y cuando reaccionó, saliendo velozmente tras ella, Amélie había ya gritado lo suficiente para que la oyesen en toda la villa, mientras corría hacia la casa.

Saintjohn la alcanzó muy pronto, de unas pocas zancadas. La sujetó de un brazo, volviéndola bruscamente hacia él.

—¡Calla! —ordenó—. ¡Cállate ya!

Pero Amélie continuaba gritando, y el G-man no tuvo más remedio que golpearla en la cabeza con la pistola. Se oyó un seco «cloc» cuando el arma dio en la frente de Amélie, que en el acto se calló… Sus ojos giraron en las órbitas, mostrando el blanco; cayó arrodillada delante de Harry, todavía sujeta por un brazo. El G-man la empujó, disgustado, y se volvió hacia el cobertizo, del cual salía Dominique para reunirse con él.

—¡Por el acantilado! —Gruñó Harry.

La tomó de un brazo y corrieron hacia un lado del cobertizo, dispuestos a rodearlo y correr hacia el bosquecillo de pinos que había en lo alto del acantilado. Pero precisamente allí se oyó la voz de un hombre, llamando:

—¡Eneas! —Oyeron—. ¿Qué ocurre, Eneas?

—¡Por los escalones! —exclamó el G-man.

Volvieron hacia atrás, pasaron por delante del cobertizo…, y delante de ellos, en el borde del acantilado, en la parte donde

estaban los escalones cavados en la roca viva, brotaron dos fogonazos… Ambos oyeron el silbido de las balas pasando sobre sus cabezas y los impactos contra el viejo cobertizo… Y más a su derecha, la potente voz de un rifle automático se dejó oír también, creando un seco trallazo por encima de ellos.

Saintjohn, siempre sujetando a Dominique de un brazo, tiró de ella hacia el interior del cobertizo, en el cual todavía se veía encendida la linterna de pilas.

—¡Cierra la puerta! —ordenó el
G-man
—. ¡Y apártate de ella!

Todavía estaba Dominique cerrándola cuando por un lado la madera saltó en pequeñas astillas, dejando un irregular agujero. Dominique lanzó un grito, acabó de cerrar y fue junto a Harry, que acababa de apagar la linterna.

—¡Ayúdame a colocar la barca en el deslizadero! ¡Vamos, tienes que empujar con todas tus fuerzas!

Dominique estaba momentáneamente cegada, pero parecía que no ocurría lo mismo con Saintjohn, que colocó las manos de la muchacha en la borda de la vieja barca.

—¡Hacia arriba y hacia la pared! —jadeó el
G-man
—. ¡Vamos, empuja!

Se oyó el crujido de madera y Dominique notó que la pequeña barca se alejaba de ella. Cesaron los crujidos.

—¡Sube a la barca!

—Pero…

—¡Sube a la barca!

Obedeció. Afuera se oían más disparos, gritos, carreras de pies… Seguramente habían acudido todos los hombres que estaban en la casa, y en pocos segundos formarían un cerco en torno al cobertizo. Un cerco que nadie podría salvar…

Dominique contuvo el aliento cuando la noche estrellada apareció ante ella, al tiempo que veía alzarse una gran trampa de madera, que no era sino parte de aquella pared del cobertizo deportivo. Notó de pronto junto a ella la presencia de Saintjohn, que, ciertamente, no se había molestado en sujetar la vieja barca al gancho de la polea. La barca se movió hacia el exterior,

precisamente hacia el acantilado, hacia el mar… Es decir, hacia donde no había en aquel momento una vigilancia directa.

—¡Lambros, Aldo, vigilad el acantilado, por la salida del cobertizo al deslizadero! —Oyeron la voz de Massimo Pontano.

—Sujétate fuerte a mí… —susurró el G-man—. Sólo eso, Dominique. No te sueltes por nada del mundo. ¿Lo entiendes?

Ni siquiera esperó la respuesta de la muchacha; empujó más la barca, que apareció fuera del cobertizo, en el extremo del deslizadero, se inclinó de popa hacia delante e inició el descenso, con gran crujido de madera seca y vieja…

—¡Han salido por la rampa en una barca! —Oyeron—. ¡Idiotas, os lo estaba diciendo…!

Ya no pudieron oír más palabras de Massimo Pontano, porque la barca se deslizaba velozmente hacia el mar, crujiendo como si fuera a desencuadernarse en mil partes de un momento a otro. Agarrada fuertemente a la cintura de Harry Saintjohn, Dominique vio el negro mar, apenas delatado por el brillo de algunas estrellas… La barca acudía a su lugar más adecuado: el mar.

CAPÍTULO XII

—¡Coluccio, Guido, Markos, id al yate a toda prisa! —gritaba Massimo Pontano—. ¡Seguramente querrán escapar en él! ¡Los demás disparad desde el acantilado contra todo lo que veáis moverse en el agua!

Tres hombres fueron por un lado y tres más por el otro, siguiendo las órdenes de Pontano, que gesticulaba furiosamente, estremecidas sus carnazas de hipopótamo, corriendo hacia los escalones de piedra como si llevase sobre los hombros una carga superior incluso a él mismo. Parecía a punto de caer de un momento a otro… Indudablemente, el atletismo no era su fuerte.

Todos oyeron el gran impacto de la barca al caer en el agua tras deslizarse por las largas tablas unidas, mal engrasadas. Casi al mismo tiempo oían disparos en el acantilado y la voz de Lambros llegó claramente:

—¡Les hemos dado! ¡Han caído de la barca!

Resoplando, Massimo Pontano llegó al borde del acantilado, donde tres de sus hombres, rifle en mano, miraban atentamente hacia las negras aguas. Se veía la barca, volcada, reluciendo su mojada quilla a la luz de las estrellas.

—Uno de nosotros acertó al agente del FBI, señor Pontano —dijo Lambros—. Le oímos gritar, saltó al agua y la barca se volcó. Luego hemos disparado contra los dos… y ya no se ven.

—Pueden estar bajo el agua —jadeó Pontano—. Es un viejo truco que no va a engañamos a nosotros. Vigilad bien todo el borde del acantilado. Si aparecen, matadlos.

—Sí, señor.

—¡Markos! —aulló Pontano—. ¡Enciende las luces del yate para que podamos ver bien estas aguas! ¡Y tirad a matar, si aparecen!

Las luces tardaron apenas cinco segundos en ser encendidas. Y ni siquiera otros cinco segundos más tarde el foco de una potente linterna de mano se dirigía hacia la volcada barca… En la cubierta del yate se perfilaban las siluetas de los tres hombres, uno de ellos manejando la linterna… La escena quedó convincentemente iluminada. La circular mancha de luz de la linterna fue desplazándose, describiendo una espiral que se iba abriendo sobre el agua. Además, las luces del yate, permitían ver más que suficiente para localizar cualquier movimiento, que sería inevitable si cualquiera de los dos huidos aparecía en la superficie.

—¡No se les ve! —gritó Markos abajo.

—¡Seguid buscando! ¡Iluminad las rocas!

La luz de la linterna fue hacia las rocas. Es decir, hacia la pared de caída lisa y vertical que formaba el peligroso acantilado. Junto a Pontano apareció Salvator Bennac, llevando la linterna del cobertizo, y la escena quedó todavía más iluminada. Varios hombres habían acudido corriendo de la casa y rodearon a su jefe supremo, el hipopótamo evolucionado, Massimo Pontano.

—Estoy seguro de que les dimos, señor Pontano… —insistió el griego Lambros—. Ya no saldrán. ¿Quiere que bajemos a buscar sus cuerpos?

Pontano no contestó. Durante casi diez minutos más todos estuvieron pendientes del mar, sin dejar de lanzar las luces de un lado a otro, rápidamente. Aún se trajeron más luces de la casa… Más de treinta personas escudriñaban las iluminadas aguas en busca de una señal de supervivencia… que no se produjo. Ya no podía dudarse más: la barca volcada, las aguas de nuevo quietas… Nadie podía haberse alejado a tiempo de evitar las luces, ni, ciertamente, nadie podía resistir diez minutos bajo el agua.

Pontano dejó de mirar al mar y se volvió hacia Amélie y Eneas, que parecían todavía medio dormidos, pálido el rostro.

—¿Qué pasó? —Gruñó Pontano.

—La chica rubia —masculló Eneas—. Vino con una bandeja con comida, diciendo que usted quería que el prisionero comiese bien, porque le interesaba vivo. Y como yo sabía que eso era verdad, la dejé entrar. Me…, me engañó, y me golpeó con la pistola…

—¿Con tu pistola? ¿O ella tenía una?

—Con la mía, señor Pontano…

—Imbécil mil veces —farfulló el gordote—. Si Amélie no hubiera gritado, a estas horas ese agente del FBI se estaría alejando de aquí con el yate, llamando a Niza o cualquiera sabe a dónde, con la radio de a bordo…

—La muy puerca —gruñó Amélie, furiosa de verdad—. Esa viciosa ha podido estropearlo todo. Y me gustaría saber sus motivos…

—Su padre debe saberlos, Amélie, ya que conoce bien a Dominique… ¿No es cierto, Maubert?

Moise Maubert se pasó la lengua por los labios.

—Bueno… No demasiado tiempo, señor Pontano… Quiero decir que no la conozco… o la conocía demasiado bien. Ella vino de Marsella hace dos meses, después del percance que tuvo allá André Fauchet con la Interpol…

—¿Hace dos meses? ¿De Marsella? —El rostro de Massimo Pontano se congestionó, enrojeció, palideció—. ¡Hace dos meses llega una mujer de Marsella y la admiten en el grupo!

—Ella era amiga de André Fauchet… Es la mejor distribuidora de Niza, señor Pontano.

—Imbéciles… ¡Oh, maldita sea, estoy rodeado de imbéciles! Vamos a la casa. Tenemos que solucionar todos estos pequeños problemas que van apareciendo… Mucho me temo que mi organización se está desarticulando por la estupidez de alguno de ustedes. Tú mismo, Lambros, ve a decirle a Marcos que se quede en el yate, con los motores a punto… Y que Guido y Coluccio vengan a la casa.

—Sí, señor. ¿Buscamos al agente del FBI y a la chica?

—¿Para qué los quieres?

—No sé… Si aparecen los cuerpos…

—¡Que aparezcan! Dejad también la barca… Mucho me temo que éste ya no es un buen lugar para nosotros, de modo que tendremos que irnos, quizá esta misma noche… ¿Qué nos importa dos muertos y una barca vieja, entonces?

—Sí, señor.

—Que Markos se quede en el yate, ya en marcha. Y que vengan Coluccio y Guido. ¡De prisa! Los demás, por favor, vengan a la casa conmigo… Todos. Absolutamente todos tienen que estar presentes en la reunión. Dentro de diez minutos quiero a todos los ocupantes

de la villa en el salón, menos a Markos. Vamos allá.

CAPÍTULO XIII

—¿Estamos todos?

—Markos se quedó en el yate, como usted ordenó, señor Pontano —dijo Guido.

—Muy bien, Guido. Ahora, caballeros, se impone aclarar la situación. ¿Están de acuerdo?

Paseó la vista ante él, captando los movimientos afirmativos de cabeza. Diecinueve hombres, en total, que formaban su red de distribución de drogas en Europa y norte de África. Había tres árabes. Los demás eran europeos. Todos ellos habían ido llegando en helicópteros, que habían regresado a sus puntos de partida. Excepto los de Roma y Génova, que habían llegado juntos en una veloz lancha, que también había vuelto a su lugar de salida, siempre a instancias de Massimo Pontano, que consideraba comprometedora y sospechosa la presencia de lanchas y varios helicópteros en la villa. En lo cual todos habían estado de acuerdo.

—Bien… Desde que llegó el último de ustedes hasta que pasó lo de ese agente del FBI, creo que me expliqué lo bastante bien para que todos comprendieran la situación actual debido a ciertos contratiempos… Pero si alguno no entendió algo o tiene alguna pregunta que hacer, lo atenderé con gusto. ¿Usted, Mohammad Yusuf? ¿Sí?

—Yo quiero preguntar por qué tenemos que cortar el suministro a nuestros clientes de África.

—Bueno… Creí que me había explicado bien, Yusuf. Primero en Marsella, luego en Nueva York, finalmente en…

—Eso está entendido. Pero las dificultades no han llegado a África. ¿Por qué tenemos que prescindir de nuestros beneficios los que estamos trabajando allí?

Los otros dos árabes asintieron enérgicamente con la cabeza. Pontano frunció el ceño.

—Aclaremos antes una cosa, señores: ¿quién es el jefe absoluto de la organización?

—Usted —admitió al fin Yusuf.

—Gracias —sonrió secamente Pontano—. Quizá quieren que les explique por qué soy el jefe. Y lo voy a hacer en pocas palabras: porque yo soy quien recibe las drogas desde Turquía, quien tiene los laboratorios adecuados y quien tiene más amplia visión del mercado internacional, de tal modo que puedo estar siempre al corriente de todo. Cosas que ustedes no tienen. Pero, además, porque soy quizá el más… taimado, el más cauteloso. ¿Alguno de ustedes me había visto antes de ahora? ¿Alguno sabía dónde estaba yo o cómo comunicarse conmigo aparte de la radio?

Hubo unos cuantos movimientos negativos de cabeza.

—¿Y creen que lo hacía por capricho? ¿También creen que era un capricho ocultar a cada uno de ustedes los nombres de los demás? Oh, vamos, caballeros, tienen que haber comprendido la verdad: seguridad ante todo. Nuestra organización, actuando de un modo compacto, ha estado, sin embargo, desconectada entre sí, de tal modo que cuando caía uno de ustedes, los demás no tenían nada que temer. ¿Pueden negar eso?

Nadie podía negarlo, y Pontano sonrió satisfecho.

—Muy bien, así estaban las cosas. Sin embargo, últimamente ha habido más contratiempos de los convenientes. Esto quiere decir que, a pesar de todos mis esfuerzos, hay un fallo general en la organización. Un fallo que puede ocasionamos disgustos a todos si seguimos adelante. Por lo tanto, vamos a suspender durante una larga temporada todas nuestras actividades…

—¿No ingresaremos nada?

Massimo Pontano miró irónicamente al que había hablado.

—¿Qué le ocurre, Bocherie? ¿No tuvo tiempo de recoger su dinero antes de escapar de París?

—Casi nada… Bueno, le agradezco su aviso por la radio, desde luego… Pero apenas dispongo ahora de veinte o treinta mil francos…

—¿Todo su problema para esperar consiste en la carencia de dinero?

—Pues… sí. Sí, desde luego.

—¿Alguno más necesitará dinero? —sonrió Pontano.

Moise Maubert alzó tímidamente una mano.

—Oh, Maubert, desde luego… Comprendo que en estos momentos su situación es difícil. Puede que si regresase a Niza no le ocurriera nada, pero también hay que tener en cuenta la posibilidad de que le detuvieran. ¿Alguno más precisa dinero con urgencia?

Nadie respondió, nadie se movió. Massimo Pontano sí lo hizo, hacia un cuadro que se veía en el saloncito. Un pornográfico cuadro de ninfas y sátiros. Prohibido describirlo.

Lo abrió como si fuese la tapa de un libro, y todos vieron la puerta de una caja fuerte. El hipopótamo parecido a un hombre estuvo unos segundos moviendo el disco de la combinación, después de utilizar una llavecita que colgaba de su cuello. Por fin abrió la caja…, y todos quedaron estupefactos al ver que detrás de la gruesa puerta de acero solo había pared. Disfrutando del efecto de su truco, sonriendo, Massimo Pontano se inclinó, apretó el suelo en el borde de uno de los grandes y brillantes mosaicos, y éste se alzó por un lado, opuesto al apretado.

—Coluccio —llamó el gordísimo.

Coluccio y Guido fueron hacia allí, miraron el agujero rectangular y otra seña de su jefe les hizo comprender lo que éste quería. Se arrodillaron y empezaron a sacar grandes paquetes envueltos en papel de periódico y sujetos por gomas. Cuando terminaron, se quedaron mirando a Pontano, que dijo:

—También la bolsa de lona.

Sacaron una gran bolsa de lona azul, que parecía de marino. Otra seña de Pontano y los dos hombres llevaron los paquetes envueltos de periódicos a una mesita. Luego se colocaron junto a ella, sosteniendo entre los dos la bolsa de lona, bien abierta. Ante la expectación de todos, Massimo Pontano rasgó el primer paquete, mostrando un enorme fajo de billetes americanos de cien dólares, también sujetos por gomas. Los demás paquetes contenían también billetes americanos, sólo que algunos de los fajos eran de mil dólares cada billete y otros de quinientos… Todos los paquetes fueron a parar al saco de lona, después de haber sido desprovistos de su envoltura de papel de periódico. Por fin, Pontano tiró dentro el último y se dio unos golpecitos en las manos.

—Listo. Éste es mi dinero, caballeros. El capital que vengo empleando en nuestro negocio y mis beneficios personales… En total, creo que hay cuatro millones y medio de dólares. Están a disposición de ustedes.

Hubo un murmullo entusiasmado de aprobación. Pascal Bocherie se adelantó, sonriendo.

—Después de esto, nadie va a discutir su jefatura, Pontano… ¿Cree que puede adelantarme cien mil dólares hasta que volvamos a trabajar?

—Usted y Maubert pueden contar con cien mil dólares cada uno. ¿Alguien más tiene dificultades… económicas? Por favor, no abusen de mi generosidad. Quien no tenga necesidad de dinero, que se abstenga de pedir. Piensen que este capital está destinado a nuestro negocio, no a tonterías.

Nadie más dijo nada.

—De acuerdo —sonrió Pontano—. Gracias a todos por su confianza. Y ahora, antes de entregar a Maubert y Bocherie esa cantidad que necesitarán para vivir fuera de peligro, quiero exponerles a todos mi nuevo, mi flamante plan de seguridad personal impuesto por los acontecimientos últimos. ¿Quieren seguirme todos, por favor?

Todos fueron tras él, comentando aprobativamente los recursos de Massimo Pontano. Coluccio cargó con el saco de lona. Y caminando tras las enormes nalgas de Pontano descendieron a la bodega. Siempre obedeciendo las señas del gordo tuerto, Guido abrió la entrada secreta del laboratorio.

—Entren todos… Menos ustedes tres.

Los laboristas miraron extrañados a Pontano, pero no hicieron el menor comentario. Cuando afuera solamente quedaron ellos tres, Guido, Coluccio y Pontano, éste hizo otra seña, y Guido cerró herméticamente la solidísima puerta camuflada con fachada de tonel.

—Pero…, ¿qué hace? —exclamó uno de los científicos.

—Los he cerrado a todos ahí dentro, está bien claro —sonrió fríamente el gordete—. ¿Y saben por qué no están ahí dentro ustedes tres?

—No… No, desde luego. Pero, señor Pontano…

—Pues no están ahí dentro porque ustedes tres son los únicos

que sabrían abrir esta puerta desde dentro… Matadlos.

Los tres hombres tardaron todavía un segundo en asimilar aquella palabra, en comprenderla, en palidecer. Sus ojos miraron desorbitados a Coluccio y Guido, que ya tenían las pistolas en la mano… No tuvieron tiempo ni de respingar. Las dos pistolas comenzaron a disparar, velozmente, lanzando una andanada de plomo hacia los tres hombres, que fueron violentamente empujados, zarandeados, estremecidos por los proyectiles… Dos de ellos chocaron de espaldas contra una de las estanterías llenas de botellas, la derribaron… Finalmente, los tres quedaron sobre un montón de cristales, en un charco de sangre y vino.

—Rematadlos. No… No vale la pena.

Se acercó al tonel, apretó el remache de uno de los flejes y dijo:

—Caballeros y señorita Maubert: sé que ustedes me oyen a través del altavoz especial que hay ahí dentro. Seré breve: dentro de veinte minutos, esta bodega, el laboratorio y toda la casa explotará, desaparecerá en una nube de humo y fuego. En el fondo, lamento tener que hacer esto, pero ustedes comprenderán que mi seguridad personal es antes que cualquier otra cosa. No puedo arriesgarme a que se vayan de la villa, los atrapen, y alguno de ustedes me delatase. Por eso, temiendo que alguno ya me conociese, los he hecho venir aquí a todos. Pero no para ayudarles, sino para asegurarme de su silencio. Lo lamento. Dentro de veinte minutos morirán. Adiós.

Se apartó del tonel y fue hacia las escaleras, haciendo lo posible por no pisar cristales, sangre o vino. Coluccio le seguía con el saco de lona que contenía cuatro millones y medio de dólares. Guido, sin necesidad de más indicaciones, se quedó unos segundos para conectar la potentísima carga que había dentro de otro tonel más pequeño…

Cuando salió de la villa, Coluccio y Massimo Pontano estaban esperándole en la terraza. Pontano miró a su alrededor, haciendo un gesto de disgusto.

—Me gustaba mucho este lugar. Lástima.

Fue el primero en comenzar a caminar hacia el acantilado. Tuvo que ser ayudado a bajar a la pequeña cala llena de guijarros y a caminar hasta el yate… Pero llegaron a la escalerilla tendida en la orilla sin novedad, y tras ser también ayudado a subir al yate, miró

hacia la cabina de mandos, donde se veía la blanca silueta de Markos.

—Vámonos, Markos. Ya sabes dónde nos reuniremos con el pesquero.

Los motores ya estaban en marcha, de modo que el yate se puso en movimiento inmediatamente.

—Vamos abajo —dijo Pontano—. Tú llamarás al pesquero, Coluccio, por la radio. Deben estar muy cerca, pues tenían que venir esta noche a traer mercancía. Tú colocarás la carga para hundir el yate, Guido… No quiero dejar ni una sola pista detrás de mí, ¿entendido? Markos, estate atento: el pesquero tiene que estar ya muy cerca.

Markos se limitó a mover una mano, dentro de la cabina, atento más que a nada a sacar el yate de la escabrosa playa rocosa. Massimo Pontano y sus otros dos hombres de confianza bajaron al interior del pequeño yate, y Coluccio fue directamente a la potente radio independiente de la de cubierta, obligatoria para yates de su tonelaje.

—Que te den la posición exacta, Coluccio. Las cargas, Guido.

Guido desapareció en las interioridades del yate, mientras Coluccio manipulaba en la radio. Massimo Pontano abrió el saco de lona y se dedicó a mirar sonriente los grandes fajos de billetes.

Coluccio fue el primero en terminar su cometido. Se volvió hacia su astuto jefe, sonriendo.

—Están a unas cinco millas de aquí, señor Pontano, en la línea recta entre nuestra situación y la isla Pianosa.

—Bien… Sube a decírselo a Markos. No quiero ni el más leve desvío de esa línea, Coluccio.

—Sí, señor.

Coluccio se puso en pie, dirigiéndose a la escalerilla en el momento en que reaparecía Guido, diciendo:

—La carga está colocada, señor Pontano. No quedará ni una astilla de este yate. Será digno de verse.

—Seguro —sonrió Pontano—. También será digna de verse la explosión en la costa. De una magnífica villa que me costó cien mil dólares, no va a quedar más que un enorme boquete… ¿Cuánto falta para esa explosión?

Guido consultó su reloj.

—Casi diez minutos aún.

—Bien… Ve a decirle a Coluccio que no se quede arriba. Que baje, para ayudarte a subirme a cubierta. Quiero ver la explosión.

—Sí, señor.

Guido subió ágilmente a cubierta, sonriendo con burla hacia su gordísimo jefe. ¡Menuda ballena estaba hecho! Pero pagaba bien, con ellos tres se portaba estupendamente y… lo demás no tenía importancia.

—Coluccio —llamó.

Frunció el ceño. Miró hacia la cabina de mandos, pero allí sólo se veía a Markos, con su gorra bien metida en la cabeza, la cabeza vuelta hacia el frente de la marcha. Se acercó, mirando perplejo a todos lados.

—Eh, Markos, ¿qué pasa con Coluccio? ¿Dónde…?

Markos se volvió, y al mismo tiempo pareció crecer dentro de la cabina. Guido se quedó con la boca abierta, petrificado de espanto, de incredulidad. En un instante lo comprendió todo.

Pero el instante fue mejor aprovechado por el falso Markos que por él. En ese instante en que permaneció petrificado de sorpresa mirando el rostro de Harry Saintjohn, éste había alzado ya la pistola por encima de su cabeza, y Guido, mientras el arma descendía fuertemente sobre ella, sólo tuvo tiempo de gritar… Después del grito, el golpetazo le abrió un boquete en la frente y lo tiró de espaldas, resbalando por la cubierta, hasta quedar inmóvil.

Harry Saintjohn salió de la cabina y se acercó a Guido, para registrarlo rápidamente. Abajo se oía la voz de Massimo Pontano, llamando a sus dos hombres a grito pelado:

—¡Guido! ¡Coluccio! ¿Qué está pasando?

Dominique salió del otro lado de la cabina y se acuclilló junto a Saintjohn, que estaba examinando hoscamente el cargador de la pistola de Guido.

—También está descargada completamente —gruñó el
G-man
—. Seguro que han debido hacer alguna canallada, Dominique. Los dos tienen descargadas las pistolas… Ve a los mandos.

—¡Guido! —insistía Pontano abajo.

Saintjohn sonrió secamente. Asió de un pie a Guido y lo llevó hacia proa, donde, oculto por la cabina de mandos, también yacía

Coluccio, con la cabeza igualmente abierta a golpes.

—¿Crees que Pontano está armado? —musitó Dominique.

—No lo sé… No parece de los que se molestan en llevar armas. Para eso tiene a sus asesinos. Ocúpate de ir en línea recta, hacia Pianosa. ¿Recuerdas la estrella que te indiqué como referencia?

—Sí, sí… ¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a saludar a Pontano. Alcánzame el fusil.

Dominique entró en la cabina y tendió a Saintjohn la única arma que habían encontrado a bordo que fuese utilizable: un fusil de pesca submarina, con su correspondiente arpón, que ya estaba cargado, en el tubo de aire comprimido.

—Harry…

—¿Mmm…?

—Ten cuidado… Ese hombre horrible… me da miedo…

—Es sólo un hipopótamo muy evolucionado. Ocúpate de la marcha.

Se inclinó, le dio un beso en la punta de la nariz y fue a la entrada de los camarotes.

CAPÍTULO XIV

Bajó sigilosamente, con el fusil de arpón por delante, fija la mirada con toda su atención en el ángulo visual que se iba abriendo ante él.

Y de pronto vio los pies de Massimo Pontano. La mitad de las piernas, las enormes nalgas… Estaba de espaldas a él, de modo que el G-man acabó de saltar al pequeño saloncito, apuntando al gordo con el arpón.

—¡Quieto, Pontano! —ordenó.

Massimo Pontano se volvió, chillando de rabia y de miedo. Y fue entonces cuando Saintjohn vio en la pequeña repisa la caja de aluminio, abierta, vacía… Vacía, porque en las manos de Massimo Pontano estaba el extraño fusil que lanzaba granadas incendiarias. El rostro de Pontano, inundado de sudor, estaba descompuesto por la mueca de furia, de rabia incontenible… Sus gordas manazas se movieron torpemente manejando el fusil lanzagranadas, orientándolo hacia el G-man…

¡Fssss…! ¡Chap!

Primero se oyó el silbido del arpón al cortar velozmente el aire. Luego, el acolchado «chap», al clavarse profundamente en la barrigota de Massimo Pontano, que lanzó un chillido horrible, tiró el fusil por el aire, se estremeció y vibró como un flan dentro de una coctelera. Acabó por caer sentado, sin dejar de chillar, sujetando con sus gordinflonas manos el arpón que se había hundido fácilmente en su grasiento vientre…

—¡Harry! —Se oyó la crispada voz de Dominique en lo alto de las escaleras.

—¡Estoy bien! —El
G-man
apartó con un pie el fusil lanzagranadas—. ¡Sigue atenta a los mandos!

Se acuclilló junto a Pontano, que gemía angustiosamente, con las manos crispadas en el arpón. Harry le quitó las manos y movió con irritación la cabeza.

—Usted se lo ha buscado, Pontano. ¿Está loco? Aunque hubiese disparado ese fusil, también usted habría muerto, al saltar el yate en pedazos…

—Saltará… en pedazos… de todas formas… y usted con él, Saintjohn… ¡Todos saltarán en pedazos!

—¿De qué está hablando? Ya sé que ha colocado una carga en el yate, pero no funcionará a menos que alguien la active… Y ése no será usted, Pontano… Pero ¿quiénes son «todos»? ¿Por qué dice que «todos» saltarán en pedazos?

Massimo Pontano soltó una risita repugnante y luego hizo una mueca de intensísimo dolor. Pareció a punto de perder el conocimiento, pero aún aguantó. La enorme capa de grasa de su estómago seguramente había protegido en buena parte su organismo.

—Todos…, todos volarán… en pedazos —jadeó—. No quedará nadie…, nadie en la villa… ¡Nadie!

—Pontano… Pontano, ¿qué ha hecho? —murmuró Saintjohn.

—Los… encerré a todos en…, en el laboratorio…, y una carga, los… ¡Je, je!

Una de las manazas del
G-man
se crispó con seco manotazo en las ropas de Pontano, en el pecho, sacudiéndolo furiosamente.

—¡Dígame qué ha hecho! —aulló—. ¡Dígame qué ha hecho en la villa, Pontano! La carga… ¿Dónde colocó esa carga? ¿Dónde?

—Todos…, todos volarán… hechos pedazos… Y nosotros también… No quedará… ni rastro de la villa…

—¿Dónde colocó la carga?

—Je, je, je… ¡Je, je, je…!

—¡¡Dígame dónde…!!

—Ya no hay tiempo… Estallará dentro… de… un minuto o

dos… ¡Je, je! ¡Ya no tienen tiempo…!

Pareció que Saintjohn fuese incapaz de reaccionar. Se incorporó, gritando:

—¡Samuel, hay una carga muy potente en la villa, todo va a explotar dentro de un minuto, quizá dos! ¡Salid de ahí! ¡No tengo tiempo para saber dónde está la carga ni para daros instrucciones…! ¡Salid de la villa inmediatamente, alejaos lo máximo posible…!

—Usted…, usted está loco —jadeó Pontano—. Completamente loco… ¿Con…, con quién está… hablando ahora?

Harry Saintjohn no le hacía el menor caso. Se había acercado a un ojo de buey y lo había abierto rápidamente, para mirar hacia la popa, hacia la costa.

—Sam —insistió roncamente—. Sam, creo que estoy todavía dentro del límite de alcance, tienes que oírme… La villa va a estallar, toda ella, antes de un minuto… La villa va a estallar… Marchaos, alejaos lo máximo posible… Marchaos de la villa…

Estuvo machacando lo mismo durante casi dos minutos. No dejó de hablar ni un segundo, insistiendo siempre en lo mismo: marchaos, la villa estallará antes de un minuto…

Y fue casi a los dos cuando vio, hacia popa, el resplandor de la gran llamarada. El estruendo de la explosión tardó algunos segundos en llegar hasta el yate… No vio directamente la llamarada, la explosión en sí, sino el gran resplandor rojo y amarillo hacia la costa, reflejándose en el cielo segundos antes de que el sonido, a su velocidad de trescientos treinta y tres metros por segundo, llegase al yate, a los oídos del
G-man,
que se volvió, lívido como un cadáver, hacia Massimo Pontano, que estaba anegado en sudor, crispado el rostro por la angustia, pero sonriendo sádicamente…

—Lo… lo he conseguido… Todos han volado… ¡Todos! Usted ya…, ya no encontrará jamás… a mis… distribuidores…

—Pontano, ¿los encerró a todos? ¿A todos los que fueron llegando en helicópteros y lanchas? ¿Los ha encerrado a todos… y ha hecho estallar una carga de tiempo? ¿Ha hecho esto?

—Je, je, je, je…

El

pareció enfriarse de pronto. Se serenó súbitamente y volvió a acuclillarse ante el moribundo paquidermo.

—Todos ustedes, la Interpol…, el FBI…, todos están locos si creían poder atraparme… Dentro de poco usted también morirá, Saintjohn… También morirá…

—¿Se refiere a la carga del yate?

—No… Pero mis amigos llegarán… en el pesquero, saltarán a bordo del yate…, lo matarán…

—¿Es el pesquero con el que le traen las drogas en bruto, Pontano?

—Sí… Pero usted… nunca podrá delatarlos… Lo matarán… Maldito loco, lo… matarán…

—¿Cree que estoy loco?

—Completamente… loco… Usted se pone a… a gritar como… como si amigos suyos pudieran… oírle.

—Oh… ¿Se refiere a eso, Pontano? Es que, en realidad, ellos pueden oírme. Vea esto —abrió la boca, señalando la muela de oro —. Es una prótesis de lo más interesante, Pontano. ¿Sabe qué ocurrió? Claro que no… Yo tenía que ponerme hacía seis meses esta muela postiza, pero no tenía tiempo nunca. Y tuvieron que ponerme ésta, muy especial, cuando supimos que Salvator Bonnac había tomado pasaje para Niza. Dos compañeros míos destinados en Europa nos estaban esperando en el aeropuerto y siguieron a Bonnac hasta la casa de Maubert «Tabacs», lo sé bien… Pero nosotros no queríamos peces pequeños, sino al grande… Queríamos arrancar la raíz, no podar el árbol. Sabía que sus hombres de Niza me vigilarían y me atraparían al fin, cuando vieran que llevaba el retrato de Bonnac en el doble fondo de mi maleta. Y eso era precisamente lo que queríamos, Pontano. Yo tenía asignado mi papel: cabeza de turco. Y así fue. Me atraparon, me llevaron a la tabaquería, y, puesto que yo intrigué a Maubert, éste se lo comunicó a usted, al gran jefe, al foco central del asunto. Y usted me hizo traer a la villa para interrogarme, tal como yo tenía la esperanza de que sucedería… Pero les mentí, Pontano. Les mentí a todos. No trabajo sólo en esto, sino que en todo momento he tenido a menos de diez millas de mí a una docena de compañeros, que han ido esperando mis noticias, mis informes… Nos siguieron por mar,

pero a una distancia prudente. Nos localizaron en la villa, pero se mantuvieron alejados… Había que atraparlos a todos, Pontano, empezando por usted mismo…

—¡Harry! —llamó Dominique, de nuevo en lo alto de la escalerilla de entrada—. ¡Nos están haciendo señales con luz roja desde un barco que no veo bien!

—¡Voy en seguida, Dominique…! Sí… Sí, Pontano, he estado siendo una cabeza de turco, recibiendo todos los golpes, corriendo el máximo peligro… Me ofrecí voluntariamente. Quería destruir esa poderosa red que llegaba hasta Estados Unidos. Lo acepté todo con tal de llegar hasta usted… Y ya ve: lo he conseguido. Oh, pero hablábamos de la muela de oro, Pontano… Sí… Bueno, dentro hay un pequeño transmisor con alcance de diez millas, por medio del cual mis compañeros han estado recibiendo mis instrucciones. Sólo tengo que apretar las mandíbulas, y el transmisor se pone a funcionar. Las vuelo a apretar, y se detiene, con lo que se ahorra un desgaste inútil de los transistores… ¿No se lo cree que llevo un transmisor en una muela? Pues se lo probaré: nadie en Nueva York delató a Pascal Bocherie, de París, pero, hablando yo con Moise Maubert, le obligué a pronunciar ese nombre. Apreté las mandíbulas, el transmisor se puso en marcha y comuniqué el nombre de Bocherie a mis amigos, que pasaron aviso a la Interpol de París. Fue el toque de alarma para usted, que quiso tenerme para interrogarme, saber qué es lo que sabíamos de usted el FBI, y de sus distribuidores… En estos momentos, su villa está rodeada. Lo estaba al menos… Y si usted llegó sin contratiempos al yate, fue porque yo lo ordené así, porque sabía que hoy mismo llegaría el barco que le suministra las drogas en bruto… Así que, después de quitar de la circulación a Markos, Dominique y yo nos hicimos cargo de su yate… Fue fácil engañarles… Usted es más listo que algunos, quizá, pero menos de lo que se cree. ¿Sabe dónde estábamos Dominique y yo mientras usted y sus hombres creían que habíamos sido alcanzados a balazos y que habíamos ido al fondo? Pues estábamos debajo de la barca volcada, respirando tranquilamente, esperando que pasase la marea… En cuanto a Dominique, es de la Interpol, y se metió entre ustedes hace dos meses con el mismo propósito que yo: llegar hasta la cabeza del pulpo, en lugar de ir cortando tentáculos. Y la cabeza es usted, Pontano. Ahora, fin. Se terminó.

Sólo queda un pequeño detalle: darles una lección a los que traen las drogas en bruto desde Turquía… Y yo mismo voy a hacerlo.

Recogió el fusil lanzagranadas, se aseguró de que en el tubo había una y recogió las otras dos de la caja de aluminio, metiéndose una en cada bolsillo.

—De modo, Pontano, que… ¡Pontano!

El hipopótamo muy evolucionado se había ladeado, cayendo silenciosamente. Tenía de nuevo las manos crispadas en el arpón, y su bronceado rostro no lo estaba lo suficiente para ocultar la intensa palidez que lo iba aclarando… Massimo Pontano había cerrado los ojos y respiraba agitadamente, con roncos jadeos.

Harry vaciló, y cuando estaba dispuesto a atenderlo, oyó de nuevo la voz de Dominique, llamándole con nerviosa impaciencia. Optó por subir a cubierta en un par de zancadas.

—¡Allí! —le señaló en seguida Dominique—. ¡Siguen haciéndonos señales luminosas!

—¿Las entiendes?

—No, no… Desde luego, no es morse… Son señales convenidas…

—Entiendo. ¿Pero tú sabes morse?

—Sí, claro… Claro…

—Coge esa linterna del tablero y envíales el siguiente mensaje: Operación Cabeza de Turco, a punto de finalizar. Cabeza de Turco Dominique y Harry les envían saludos de la Interpol y del FBI.

—Oh, Harry…

—Haz lo que te digo.

Dominique se dispuso a obedecer. Tomó la linterna, examinó el botoncito para intermitencias y comenzó a lanzar el mensaje en morse, hacia el pesquero, cuya silueta se veía claramente a unas doscientas yardas, con los motores parados, igual que el yate, flotando ambos silenciosamente sobre el negro mar casi en calma…

Y mientras Dominique lanzaba el mensaje lumínico, el G-man se apoyaba en la borda, apuntando con el lanzagranadas a la proa del pesquero, justo en la línea de flotación… El mensaje debía estar por la mitad, cuando lanzó la primera granada. Y ya terminando, cuando lanzó la segunda, ahora a popa. La primera granada, ciertamente, ocasionó un considerable bandazo al buque, al tiempo

que la materia inflamable comenzaba a actuar sobre el casco. Pero la segunda, alcanzando la sala de máquinas, fue muchísimo mayor. El pesquero pareció saltar de popa, hundió la proa en el agua, volvió a salir… Explotó por dentro, reventó… Una gran llamarada ascendió vertiginosamente hacia el cielo lleno de estrellas, para acortarse de pronto…

Cuando Harry y Dominique, que se habían encogido protegiéndose tras la borda del yate, volvieron a mirar, el pesquero era una bola de fuego que se iba hundiendo rápidamente de popa.

—Dios mío… —tartamudeó la muchacha—. Es horrible, Harry…

—Lo sé… —musitó el G-man—. Pero esa gente que iba en el pesquero, Dominique, no merecía nada mejor. Al menos, ellos jamás podrán proporcionar venenos a unos cuantos cientos o miles de desdichados. Voy a darle la buena noticia a Massimo Pontano… Pon rumbo a la villa, ¿quieres?

El G-man dio un cariñoso cachetito a la muchacha, y bajó a los camarotes. Se detuvo en seco al no ver tendido en el suelo a Massimo Pontano. Durante un par de segundos, atónito, miró el reguero de sangre que se dirigía a la pequeña entrada al sollado…

—¡Dominique! —aulló el G-man—. ¡Al agua! ¡Tírate al agua!

Subió esta vez los escalones de madera como si hubiese dado una sola zancada…, y arriba tropezó con la muchacha, que le miraba con los ojos muy abiertos.

—Harry, ¿qué…?

—¡Al agua! ¡Al agua AHORA MISMO!

La empujó hacia la borda y casi la tiró al mar, siempre empujándola, saltando en el acto tras ella. Se hundieron, volvieron a la superficie…

—¡Dominique! ¡Hacia la costa…! ¡Nada hacia la costa…!

Nadaron los dos con todas sus fuerzas, tirando Saintjohn de la muchacha cada cuatro o cinco brazadas, para no dejarla atrás. Era como si quisieran batir todos los récords olímpicos del mundo… y no les dio mal resultado: cuando el yate estalló, estaban a más de

sesenta yardas…

Por tercera vez, el mar se vio iluminado en rojo, amarillo, morado… La oleada de calor llegó hasta ellos, así como unas cuantas tablas astilladas, que fueron cayendo a su alrededor, sin representar más peligro que un posible golpe sin importancia, que ni siquiera se produjo.

Ya no nadaron más, de momento. Estuvieron descansando del agotador *sprint*, mirando hacia el incendiado yate, que se hundía aún más rápidamente de lo que se había hundido el pesquero. Massimo Pontano, terco en su deseo de matar al agente del FBI, había hecho estallar la carga, pero ya cuando el
G-man,
comprendiendo lo que significaba su ausencia en el saloncito del yate, se había puesto a salvo con la chica de la Interpol.

Quizá, Massimo Pontano se había ido al otro mundo con el consuelo de creer que su vencedor le iba a acompañar en aquel viaje.

El que no se consuela, ciertamente, es porque no quiere.

* * *

Fueron subidos a bordo de la gran lancha, e inmediatamente abrigados con mantas. Un tipo alto y elegante, flaco, de abundante cabellera canosa, tendió una petaca de bolsillo a ambos.

—Coñac francés, señor Saintjohn. Lo necesitan.

—Es el inspector Duvalier, Harry —dijo Samuel Dolman—. Afecto a los servicios de la Interpol por parte de la policía francesa.

Saintjohn asintió con la cabeza, mirando a la muchacha, que era la primera en beber coñac…

—Ella es Dominique…

—Dominique Beutom… Lo sabemos, hombre. Demonios, habéis hecho los dos un estupendo trabajo.

Dominique tendió la petaca al
G-man,
pero éste, antes de beber, se quedó mirando a su compañero del FBI.

—Samuel —musitó—: los muchachos que estaban en la villa…, ¿recibieron mi mensaje último sobre…?

—Tranquilízate. Fue recibido. Cuando la villa explotó, nosotros habíamos corrido más que conejos. Pero…

—¿No llegasteis a tiempo para sacar a la gente de Pontano?

—No. No, Harry, lo siento… —musitó Samuel Dolman—. Todos…, todos quedaron allí dentro.

Por unos segundos, sólo se oyó el motor de la lancha, acercándose a la costa, allá donde había habido una hermosa villa con piscina, flores, pinos… y canto de pajarillos.

—Bien… —susurró de pronto el G-man, sombríamente—. Parece que al fin podré quitarme esta muela con transmisor incluido.

—Buena idea… —Quiso sonreír Dolman—. La recepción fue muy buena para nosotros, pero será mejor que te la quites: ya ha terminado la Operación Cabeza de Turco.

Este es el final

Quince días más tarde, en un pequeño restaurante que parecía colgado sobre el mar, tuvo lugar el encuentro. Había muchas flores, había luna llena, música suave…

Harry Saintjohn se puso en pie cuando apareció, radiante hasta producir ceguera, la hermosísima muchacha de cabellos rubios y lacios y, ojos grises con chispitas doradas. Ella se sentó, se miraron, él se sentó… No necesitaban muchas explicaciones, después de aclarar en Niza sus respectivos cometidos. Luego, Saintjohn había regresado a Nueva York, había estado ultimando los detalles oficiales de la Operación Cabeza de Turco y había vuelto a Niza. Ella había estado en París… Harry Saintjohn conocía incluso aquel detalle que había ensombrecido un poco su admiración por la muchacha: Dominique Beutom, ciertamente, no era una morfinómana, sino que, por necesidades de su misión en la organización de Massimo Pontano, lo había estado simulando, pero no ingiriendo jamás ni una gota o gramo de estupefaciente. Los pinchazos en su brazo habían sido auténticos, eso sí…, pero sólo los pinchazos. La morfina jamás había entrado en su cuerpo. En cuanto a la que ella había estado distribuyendo por Niza y Marsella, mentira: la Interpol la absorbía toda, pagándola, esperando el momento de cazar al jefe supremo, dejando que Dominique se fuese ganando la confianza de Maubert…

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo Harry, como se hubieran visto hacía un par de horas—: cenaremos aquí, iremos a bailar y luego iremos a un apartamento que tengo alquilado junto al mar.

—Oh, Harry… —musitó ella—. A tu apartamento, no… No,

no…

* * *

—Pasa… —dijo él—. No hay peligro.

Ella entró en el apartamento, muy cerca del mar, que se veía teñido de plata, y parecía que tuviera estrellas flotando sobre él… El G-man cerró la puerta, dio la luz…, y abrazó fuertemente a la muchacha. El beso habría durado hasta la madrugada, si ella no se hubiese separado, al fin, sin aliento.

—Harry… —musitó dulcemente—. Ahora ya no es todo un juego entre dos personas que se quieren engañar mutuamente… No has debido… traerme aquí…

—Dominique: ¿quieres casarte conmigo?

—¿Casarme… contigo? —suspiró la muchacha, brillantes sus asombrosos ojos con chispitas doradas—. Oh, Harry…, ¡claro que sí!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…